

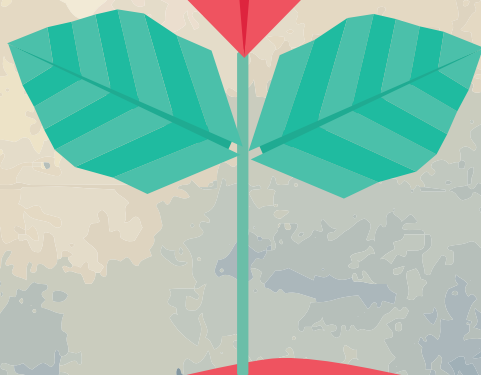


XVIII CERTAMEN DE DECLARACIONES DE AMOR

Dime que me quieres

Si te pregunto por el amor, me citarás un soneto, pero nunca has mirado a una mujer y te has sentido vulnerable, ni te has visto reflejado en sus ojos. No has pensado que Dios ha puesto un ángel en la tierra para ti, para que te rescate de los pozos del infierno, ni que se

siente al ser su ángel. Al darle tu amor, darlo para siempre. Y pasar por todo, por el cáncer. No sabes lo que es dormir en un hospital durante dos meses, cogiendo su mano, por que los médicos vieron en tus ojos que el término horario de visitas no iba contigo, no sabes lo que sign



**Red de Bibliotecas
Públicas Municipales
de Málaga**

XVIII PLAN MUNICIPAL DEL FOMENTO
DE LA LECTURA 2018



Ayuntamiento de Málaga
Área de Cultura



Esta publicación recoge los relatos ganadores y finalistas del **Certamen de Declaraciones de Amor “Dime que me quieres”** organizado por el Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga a través de la Red de Bibliotecas Públicas Municipales.

Damos la **enhorabuena a ganadores y finalistas** así como a todos los participantes y les animamos a continuar en su quehacer de escritores.

Agradecer, como no, la labor de los miembros del jurado, la profesora Amparo Quiles y las escritoras Rosa Romojaro y Mercedes Antón.

ÍNDICE

MODALIDAD NACIONAL

Primer Premio

UN AMOR SIN SENTIDOS

Aner Gondra Fano. **Bilbao**

Finalistas

DESPEDIDA

Francisco Martín Martín. **Madrid**

QUE NO

Nélida Leal Rodríguez. **Cádiz**

NO ME LLAMES SI NO ESTÁS SEGURA

Antonio Presencia Crespo. **Valencia**

DIME QUE ME QUIERES

Ana Perejón López. **Sevilla**

MODALIDAD LOCAL

Primer Premio

DESTELLOS

Salvador Rivas Gálvez. **Antequera**

Finalistas

CRISTÓBAL

Teresa Muñoz Benítez. **Benálmadena**

LA NADA ESTÉRIL

María José Amador Montaña. **Antequera**

BILBAO

Yohana Anaya Ruiz. **Málaga**

SEGURO QUE PUEDE USTED IMAGINARSE CUÁNTO

Raúl Martínez Florido. **Málaga**



MODALIDAD NACIONAL

Primer Premio

UN AMOR SIN SENTIDOS

Aner Gondra Fano. **Bilbao**



UN AMOR SIN SENTIDOS

Aner Gondra Fano

Te odio. Te odio por hacerme esto. Por hacerme renunciar a todo futuro. Te odio por amarte pese a todo, pese a convertir mi vida, o lo que quiera que sea esto, en una fantasía cruel. Estas paredes se han convertido en un recipiente del que ya nada puede escapar. Al principio se escapaba la felicidad. Después, los sueños. Luego era el hombre el que quería salir de aquí. Pero ahora solo quiero confundirme con los ladrillos de la pared. Y sentir pasar las horas y los días. Y odiarte. Al menos, intentar odiarte tanto como amo tus mentiras.

La primera vez que entré en la cárcel mi vida terminó por romperse en mil pedazos. Yo mismo me había encargado de desgastar la relación con mi familia. Todo empezó a romperse el día en que cambié los besos de mi madre por una jeringuilla. Los que yo creía que eran mis amigos desaparecieron nada más verme al otro lado de los barrotes. Y me quedé solo. Sin nadie que llorase por mí. Sin trabajo. Sin nada. Apenas recuerdo las primeras semanas en la cárcel. Las pasé llorando y sin poder comer. El mono jugaba al hula hoop con mi cuerpo y no era capaz de conciliar el sueño sin que las pesadillas más horribles me atormentasen. Y sin darle más vueltas, sin tener remordimientos por ello, me dejé morir. No fue complicado. Solo había que concentrarse en no hacer nada. Si conseguía llenar mis días de nada, yo terminaría siendo nada.

Me convertí en un fantasma que vagaba por los pasillos y por el patio de la prisión. No tardé en ser un imán para los cobardes, para quienes necesitan someter a los más débiles, y tuve que convertir la enfermería en mi único refugio. A partir de ahí empezó otra etapa de la que solo quedan recuerdos borrosos en mi mente. Los fármacos que me obligaron a tomar los médicos hicieron que dejase de sentir y de padecer. Ya no hubo más pesadillas, ni más dolor. Aquellas píldoras acabaron con lo poco que tenía dentro. Con lo bueno y con lo malo. Pero resultó que yo estaba equivocado, porque cuando ya no se tiene nada, cuando estás vacío y no existe ilusión alguna que alguien pueda pisotear, no te conviertes en nada. Te encuentras en un punto en el que solo se puede ir hacia arriba. Y el primer peldaño que subí fue al conseguir un trabajo dentro de la cárcel.

Alguien pensó que tenerme media jornada encerrado en la lavandería, aislado del resto de presos, sería bueno para mí. Ya no me quedaban más lágrimas por derramar, ni más dolores que mitigar, así que me afané en dominar aquel pequeño reino de lavadoras industriales. La rutina se adueñó de mi cuerpo y de mi alma. Ya no era un hombre, era un robot. Conseguí que cada día fuese un calco del anterior y, a pesar de seguir en el corazón de la prisión, logré sobrevivir sin tener contacto alguno con nadie. Los funcionarios y el psicólogo empezaron a obligarme a socializarme con el resto de la población de reclusos en el patio, en diversos talleres y en el comedor, pero yo huía de la gente. Hasta que algo cambió. Hasta que hiciste que algo cambiara. Y por eso te amo. Te amo tanto como te odio.

No recuerdo cuándo fue la primera vez que ocurrió, porque no le di importancia, pero no puedo olvidar aquellas cinco palabras: “Miguel, ¿por qué nunca sonríes?”. Las encontré escritas en una de las miles de sábanas sucias que al día pasaban por mis manos. Estaba escrito en mayúsculas, con letras irregulares que parecían trazadas con un corcho quemado. La sábana pasó de la tolva en la que llegaba a la lavadora y no dejó semilla alguna en mis pensamientos, pero en los días posteriores siguieron apareciendo mensajes. Un día era un piropo, otro día era un chiste, de pronto un pequeño poema... Así hasta que un día descubrí en una sábana una caricatura del matón del patio vestido de sevillana. No pude evitar soltar una carcajada. Para cuando me di cuenta, hacía pasar las sábanas a la velocidad de la luz ante mis ojos hasta encontrar cada día el mensaje de mi amigo desconocido. Y ya no hubo rutina, porque dentro de mí creció la necesidad de saber quién era, de responderle, de contraatacar con otros poemas. Volví a pasar noches en vela, pero esta vez con una sonrisa en la cara. Repasaba mentalmente las caras de los presos de mi pasillo o de los hombres que regularmente comían cerca de mí. ¿Quién demonios podía estar interesado en conocerme?

Al final tuve que sacar la cabeza de la lavandería. Fui reduciendo las distancias con el resto de presos y pasé más tiempo en las zonas comunes con el deseo de provocar que el autor de los mensajes se desenmascarase. Pero no hubo manera. Sin embargo, los mensajes se intensificaron. Lo que al principio eran frases cortas pasaron a ser pequeñas cartas más cuidadas

y elaboradas. Los chistes se convirtieron en confesiones. Los poemas, en declaraciones de amor. Y los piropos, en detalladas fantasías sexuales que en ocasiones me quitaban el aliento. No sabía si mis actos habían alimentado aquella espiral, pero el día que me sorprendí intentando esconder una sábana para no tener que borrar sus palabras me di cuenta de que estaba enamorado. Y nada cambió, pero ya todo fue diferente. Por cambiarlo todo, te amo profundamente.

Los meses pasaron y ni un solo día dejaron de llegarme mis sábanas ensuciadas con promesas e ilusiones. Todas las noches se peleaban en mis tripas las mariposas de la curiosidad por saber quién era mi admirador secreto y los terrores por perderlo de alguna manera. E irremediablemente pasó lo que tenía que pasar. Mi buena conducta adelantó el momento de reencontrarme con la sociedad, con esa canalla que me había pisoteado y entregado a las fauces de la autodestrucción. Y un martes por la mañana, sin tener la posibilidad de dejarme la garganta ante todo el comedor para suplicar que se revelase mi amor platónico, me vi al otro lado del muro. En la puta calle con mi maldita libertad.

Decidí que no aceptaría esta broma pesada del destino. Yo no había tocado fondo para encontrarme con que la única ilusión de mi vida se quedaba dentro de una cárcel. ¿Para qué me servía la libertad si no podía estar con quien yo quisiese? Y decidí volver.

Solo dos días después de salir a la calle, mis huesos terminaron frente al mostrador de una sucursal bancaria. Impuse el silencio con un solo grito, con una amenaza que solo yo sabía que no iba a cumplir. Los latidos de mi corazón se dispararon. El tiempo parecía haberse detenido. Contuve la respiración intentando concentrarme en escuchar el aullido de las sirenas de la policía. Pero lo único que escuchaba eran los gemidos y sollozos de los cuatro rehenes que besaban el suelo con las manos en la nuca. No había querido esperar a que la sucursal estuviese vacía. Quería víctimas, quería el testimonio de inocentes que multiplicaran la tiranía de mis actos. Quería testigos de ese atraco. No habría sangre, entre otras cosas porque no tenía balas, pero quería que no quedasen dudas de que era culpable. Quería ir a la cárcel. Necesitaba volver a mi celda.

Tres años atrás no hubiese imaginado, ni por lo más remoto, que podría pensar así en el futuro. Podía imaginar la derrota y el fracaso. Sabía que un hombre lo podía perder todo y tocar fondo. Pero aquello no podía haberlo imaginado. Desear volver a la cárcel por amor. Por estar enamorado de alguien que no conocía. ¿Cómo se puede renunciar a todo, a la libertad, a cambio de sentirse querido? Por alguien cuya sonrisa solo existe en tu imaginación. El amor es extraño. Se puede amar sin sentir. Sin sentidos. Se puede amar sin olfato y sin gusto. Porque te amaba sin haberte olido jamás y sin haber saboreado tus labios. Se puede amar a alguien sin oído. Porque te amaba sin saber cómo suena tu risa. Sin oír tu voz. Se puede amar sin vista. Porque verte en sueños no cuenta. No eran tus ojos, tu cara, ni tu cuerpo los que le robaban horas por las noches a mi mente. Lo que hubiese dado por verte... Y se puede amar sin tacto. Porque mi alma se quemaba en mis entrañas sin haber podido acariciarte. Sin rozar tus labios. Sin arañar tu piel. Sin un miserable abrazo. Sin sentidos te quería y sintiéndote no hubiese podido quererte más.

Es por eso que, con mis sentidos bajo mínimos, estaba con una vieja pistola de coleccionista y una bolsa llena de billetes esperando a que llegase la policía para detenerme. Los coches, con sus luces azules, me aliviaban más a mí que a los rehenes. Tras dos horas de paripé y de amenazas que no iba a cumplir, me entregué sin dejar heridos. A partir de ahí los sucesos se aceleraron y se concatenaron a una velocidad de vértigo. Los interrogatorios, el registro de mi casa, la noche en el calabozo de la comisaría y el paseíllo por el juzgado. Todo fue muy rápido. Era la escenificación de una rutina en la que nadie quería participar y que todos deseábamos que terminara cuanto antes. No escuché a nadie, ni siquiera pronuncié una palabra al abogado de oficio y para cuando me di cuenta ya estaba en un furgón de camino a la cárcel. Cada minuto estaba más cerca de volver cerca de ti. No a tu lado. Pero casi. Lo suficiente para volver dentro de tu radio de acción, a mi particular suscripción al servicio de mensajería más extraño que jamás existió.

Sentí que el corazón se me aceleraba cuando vi las paredes de la prisión que pocos días antes tanto me habían hecho llorar y sonreír. Los funcionarios me saludaron, sorprendidos al volver a ver una cara conocida. Tal vez sorpresa no era la palabra adecuada. Había decepción en sus caras. Tal vez mi regreso, como el de tantos otros, fuera un pequeño fracaso en toda

aquella pantomima a la que ellos contribuían todos los días entre aquellos muros. Eran los responsables de un zoológico humano en el que los seres enjaulados pagaban un peaje, pero también recibían algo parecido a un tratamiento para volver al camino de la rectitud. Y volver allí era una derrota. Algunos no fueron capaces de contener su desencanto y no tuvieron reparos en decirme que lamentaban que volviese a estar preso. Sus palabras, a pesar de ser amables, me traspasaban. Les respondí con monosílabos e hice todo lo que estaba en mi mano para que el trámite del reconocimiento médico fuese lo más rápido posible. Iba a preguntarle al médico si él creía que había alguna posibilidad de que recuperase pronto mi puesto en la lavandería cuando, de pronto, entró en la sala el psicólogo de la prisión.

- ¡No me jodas, Miguel! ¿Otra vez aquí? - Se plantó delante de mí, abriendo los brazos y mostrándome las palmas de sus manos, exagerando un gesto con el que quería dejar claro que no daba crédito a lo que veía.

En su cara sí había decepción sincera. Percibí que verme allí para él suponía un disgusto. Algo con lo que no contaba. Contrariado, se puso de pie junto a mí, que estaba sentado en una camilla fría, de fríos hierros pintados de blanco y de frío cuero negro. Me agarró por los hombros y enterró su barbilla en su propio pecho. No lo vi, pero sé que cerró los ojos con fuerza mientras resoplaba. Su mirada volvió a levantarse, esta vez para desmoronar mi mundo. Quiso quitar dramatismo a sus palabras, pero sabía perfectamente que no existía manera alguna de decirme aquello sin atravesar mi corazón con un bisturí.

- Miguel. Hace menos de una semana saliste de aquí como una rosa. Habías sido un recluso ejemplar y tenías una oportunidad de oro para volver a empezar. ¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué has querido volver a un sitio en el que viviste tanta miseria? ¡Si lo hubiese sabido no me habría pasado año y medio escribiéndote mensajes de mierda para sacarte de esa depresión!

Aquello me succionó todo lo que tenía dentro. No recuerdo cómo aterricé en mi nueva celda. Y aquí estoy ahora, siendo espectador de una guerra que libran dentro de mí la necesidad por amar al autor ficticio de los mensajes que una vez me llenaron de vida y la certeza de que no existe, de

que todo ha sido un engaño. Te amo tanto como te odio. Si se puede querer a personas que ya no están en este mundo, ¿por qué no puedo amar a alguien que un día solo existió en mi cabeza? Si te he amado sin olerte, si te he deseado sin haberte saboreado, si he soñado contigo sin haberte visto, si tus palabras me han emocionado sin oírlas y si mi cuerpo se ha prendido sin tan siquiera tocarte, ¿por qué no puedo amarte ahora? ¿Qué más me da que no existas? Con un universo reducido a cuatro paredes, me toca bailar entre la mentira y la realidad y escoger entre odiarte y amarte. Y créeme que, aunque te odio tanto como te amo, este amor para mí sí que tiene sentido.

Dime que me quieres



MODALIDAD NACIONAL

Finalistas

DESPEDIDA

Francisco Martín Martín. **Madrid**

QUE NO

Nélida Leal Rodríguez. **Cádiz**

NO ME LLAMES SI NO ESTÁS SEGURA

Antonio Presencia Crespo. **Valencia**

DIME QUE ME QUIERES

Ana Perejón López. **Sevilla**



DESPEDIDA

Francisco Martín Martín

Sierra de Béjar, Salamanca; primavera del 2017

La mañana es clara, muy fría, la quietud absoluta. El cementerio escaso, sin pretensiones, sin espacios concedidos para alardes inútiles de mármol: simples cruces clavadas en la tierra revelando los colmillos raídos exhibidos por la nada. Terreno exiguo cercado por paredones de piedra sobrepuesta sin revoque de unión alguno, mostrando la gruesa capa de musgo trepando desde el suelo hasta media altura, destilando la humedad almacenada procedente del aguanieve caída durante la noche. Por el exterior los árboles del monte comunal asoman sus ramas por encima de la pared, ofreciendo penumbra al olvido.

Necrópolis de corte tradicional campesino, antigua, conservando en el aire el inconfundible aroma prestado por la muerte, terreno sombrío punteado de cruces sobresaliendo del suelo con la tristeza de los recuerdos perdidos, paisaje aún no contaminado con el reflejo blanquecino de las modernas y costosas lápidas de mármol pregonando insensatas competiciones de ostentación y soberbia sin sentido, recinto resistiéndose a perder el aire añejo que siempre tuvo; muestra la tierra tal como es, sin adornos que nada importan y muy poco añaden, respetando el color apagado de la vaguada que la cobija.

Al fondo, cerrando la distancia, nubes brochadas de claro arropan los altos de la sierra ocultándolos entre sus húmedas entrañas; retazos de niebla desprendidos de ellas se estiran reptando con quietud absoluta hasta media ladera, brazos misteriosos de fulgores blanquecinos suspendidos sobre ondulaciones solitarias cuajadas de piornos resecos por los calores pasados. La tierra, cansada, llora humedad.

Un grupo numeroso de gente observa cómo las paladas de tierra endurecida por las heladas cubren el hueco abierto situado junto a la pared del fondo, a un lado de la caseta destinada a guardar herramientas. Miradas fijas, rostros sin asomo de sonrisa, lágrimas apenas contenidas. De igual forma preguntas sin respuesta, tiempo detenido, miedo transformado en silencio.

Al alzar la vista por encima del portón de entrada, entre las ramas recién vestidas de los rebollos y castaños que abrazan opresivos el lugar, se entrevén el rojo apagado de los tejados del pueblo. Entre ellos, algún humo indeciso se eleva sin ganas hasta desaparecer empapado de azul.

Por fin todo termina, la última oración se disuelve entre la brisa suave recién levantada. La gente abandona sin prisas el cementerio, nadie mira hacia atrás, pensamientos vacíos, algunos charlan en voz baja. Las tumbas se revisten de silencio. Todos se dirigen por la vereda apenas percibida entre la hierba crecida caminando hacia los coches aparcados más abajo, en los arcones embarrados de la carretera, cerca de las primeras casas de ganado. Una mujer cargada de años y arrugas cierra el viejo portón enrejado y la soledad envuelve de nuevo al recinto. Su estado natural.

Alguien se acerca hasta el hombre de mediana edad que camina solo, vencido, con los ojos enrojecidos por el cansancio acumulado en demasiadas noches alejadas del sueño:

- Es para ti –le tiende un sobre cerrado, en blanco-; María me encargó que te lo entregara hoy.

El día avanza. El sol, renovado de fuerzas, derrite la escarcha liberando la humedad del llanto retenido durante la noche.

Más tarde, sentado junto al balcón, con la ropa de calle aún puesta, en compañía del silencio, el hombre vence el temor y se decide a abrir el sobre. La quietud es total, el tiempo se detiene embalsado, nada interrumpe el dolor que inunda el alma del lector. La atmósfera cerrada de la casa se resiste a olvidar la caricia prestada por la colonia con lejano rumor de espliego preferida de la mujer que la habitó, aroma propio que habla de mil y un sueños perdidos, de soledad aceptada. Las sombras se cobijan expectantes entre las penumbras del pasillo.

La carta

Para ti, esposo mío:

Mucho lo he pensado antes de coger la pluma y decidirme a escribir estas líneas, mucho, esposo mío, pero al fin lo he hecho.

Mi alma, temerosa de equivocarse, de que su mensaje no sea comprendido, ha navegado indecisa surcando mares agitados por la duda sin saber muy bien qué camino tomar; al final me he decidido, he desechado temores y dudas y escribo estas pocas líneas aprovechando los escasos ratos que no estás a mi lado, lo hago porque pienso que te debo una explicación, es de ley hacerlo. Debes saber. Pero esta carta es, sobre todo, un mensaje de amor.

La enfermedad ha sido larga, infinitamente larga; meses de sufrir, de ahogar el grito que pugnaba por salir incontenible desde el fondo de mi pecho, eternidad sin tiempo siquiera para el miedo, para la desesperación, mareas de dolor que consumían mis fuerzas postrándome indefensa en el lecho, sueños negros sin fin ensombreciendo el espíritu, el pensamiento...

Y allí estabas tú, siempre, sin fallo, a mi lado, sentado en la butaca junto a la cabecera. Al abrir los ojos te veía, sentía la tibieza de tu mano transmitiendo a la mía el ya imposible calor de la vida, una esperanza en la que ni tú mismo creías; sí, allí estabas, incluso en la negrura de la noche con la cabeza vencida por el sueño, incansable, creyendo en el milagro. Y cuando, por fin, las pruebas dejaron entrever un hilo tenue de luz brillando al final del túnel, entonces me fue concedida la gloria de contemplar tus ojos rebosantes de alegría y esperanza. A pesar del alto precio que habría que pagar por ello. Un billete que apenas daba derecho a nada. Incierta promesa de una ciencia en la que, hasta entonces, habíamos confiado sin apenas reservas. Ilusos mortales.

Se habló del tan temido trasplante como única posibilidad a tener en cuenta con garantías suficientes, intervención peligrosa hasta entonces rechazada por los médicos que aconsejaban esperar. Nunca fueron partidarios

de ella. El tiempo se encontraba tasado, muy corto, la llama temblaba en su última fase, a punto de ser extinguida por el soplo final; tan sólo un trasplante de urgencia quizás sería capaz de frenar un proceso que se adentraba en las fases finales, no había tiempo para otra cosa, la sangre se enturbiaba rápidamente saturada de veneno.

Y tú no dudaste ni tan sólo un segundo en ofrecer desinteresadamente una parte de ti mismo para salvarme, para intentarlo aun conociendo las escasas posibilidades ofrecidas por una intervención tan compleja como la propuesta, el mal llegaba saturado de malignidad, imposible detenerlo. Un precio demasiado alto, sacrificio capaz de echar para atrás a cualquiera; pero tú no vacilaste.

No lo esperaba yo, nadie espera semejante generosidad, ni tiene derecho a exigir tanto. Me faltan palabras para expresar lo que sentí cuando me lo comunicaron aquella mañana; al escucharlo algo se iluminó en lo más profundo de mi ser, soplo con existencia propia que dio vida al sentimiento más profundo: y comprendí con lágrimas en los ojos que, a pesar de todo, había merecido la pena nacer, vivir, incluso aguantar la crueldad que aporta el terrible sufrimiento al notar cómo el cuerpo se deshace por dentro; todo, todo ha merecido la pena ya que te he conocido, que he estado contigo. Que te he amado.

Una luz de intenso brillo blanco inundó mi alma hasta entonces sumida en la más negra oscuridad, con sus reflejos se esfumaron los abismos sin fondo ansiosos por tragarme, desaparecieron las sombras que atenazaban mi mente sin piedad ni consuelo, la felicidad barrió la amargura destilada por la desesperación; nada importaba, sólo tú, sólo tu imagen... ¡Claro que ha merecido la pena el vivir!

La dicha era infinita, sin medida posible, pero de igual manera la decisión se mostraba firme, innegociable: no podía aceptar.

No podía aceptar. No podía hacerlo...

Nada te dije, nada, ¿Para qué hablar? Nada iba a hacerme cambiar la

decisión tomada, y no me sentía con ánimo suficiente para iniciar interminables discusiones, escuchar tus mil y una razones intentando convencerme para que siguiera adelante, escuchar tus súplicas cargadas de sentimiento, de entrega, ver tus lágrimas apenas reprimidas de hombre que hasta entonces no conocía...; no, no estaba dispuesta a ensombrecer los últimos días, nada me haría cambiar. El urólogo que desde el principio ha seguido la evolución y el tratamiento de la enfermedad, el bueno de Pablo, nuestro incondicional amigo y compañero de facultad, respetando mis deseos, con la humanidad suficiente para no cuestionarlos en ningún momento, dejó transcurrir el tiempo hasta que el deterioro celular hizo inútil el trasplante. No le echas culpa que ninguna tiene, sí mi agradecimiento sin límites, también mi bendición.

Comprende que yo no podía aceptar lo que tan desprendidamente me ofrecías; soy médico y, al igual que tú, sé que, a pesar de todas las promesas mostradas por la ciencia, de estadísticas exhibidas en congresos como verdades incuestionables, mi vida se alargaría uno... dos años en el mejor de los casos, son contados los que hoy van más allá, eso suponiendo que todo fuera bien, que es mucho suponer en procesos degenerativos tan intensos como es el mío. Sería un egoísmo infinito por mi parte el aceptar. El mal había destruido demasiado, nada detenía su avance.

Pensé en un extraño tiempo añadido, horas, días, sin intimidad, siempre esperando en compañía de la angustia, de la desesperación presente en cada mirada, en cada caricia... No, no tenía ningún tipo de derecho a aceptar semejante sacrificio por tu parte. Me basta con saber que me quieres a tu lado, aunque sea con tiempo acotado. Que me amas como nunca pensé que lo hicieras.

Cuando leas estas pocas líneas escritas robando oscuridad a la noche, ya no estaré contigo, me habré marchado. Sabes que no he sido creyente y que me he ido sin serlo, nunca he tenido falsas esperanzas, no lo ha permitido mi inteligencia. Pienso que quizás hubiera sido aconsejable el intentar creer que existe algo más que la nada del pozo final, un mundo diferente, mejor que éste en el que nos ha tocado vivir, un mundo saturado de luz en el que fuera posible el reunirnos alguna vez. Lástima. Sin embargo lo acepto, me conformo con saber que viviré en tu pensamiento, que de esa manera continuaremos

juntos. Te he querido con toda la fuerza de la vida, mi amor por ti no ha conocido barreras ni egoísmos de ningún tipo, eso la has sabido siempre; se gestó cuando de niños jugábamos y nos peleábamos a la puerta de tu casa, atracción convertida en amor cuando la juventud encendió los deseos de la carne enriqueciendo el cariño con las caricias propiciadas por la pasión.

En las horas de sufrimiento, cuando sentía el latir doloroso de la carne corrompiéndose, soñaba con un lugar entre las montañas, regajos siempre verdes, por donde paseábamos entre bosques de castaños, como nos gustaba hacerlo; un tiempo sin fin que quizá nuestra voluntad haga existir.

Era de ley escribirte y lo he hecho. Tienes derecho a conocer mi agradecimiento, también la inmensidad de mi amor.



María, tu esposa

La vida nos juntó, únicamente por eso merece la pena haber nacido.

QUE NO

Nélida Leal Rodríguez

*“ Si nada nos salva de la muerte, al menos
que el amor nos salve de la vida”*

P. Neruda

La primera vez que te vi, me faltó tiempo para invitarte a una copa, la única forma que conocía de intentar seducir. “Hay un bar aquí al lado”, te dije, sonriente y fanfarrón, con mi mejor pose de conquistador inveterado y esperando con toda calma tu alborozada conformidad, pero, como no tardé en comprobar, mi actitud de sobrado no te impresionaba en nada, aunque quizá eso no debiera haberme sorprendido. Sin embargo, Elvira, sí me sorprendió que aparentaste, incluso, no ser consciente casi de mi presencia, no fijarte en mí, en mí que tanto suelo llamar la atención. Insistí, un poco molesto pero aún condescendiente. “Que no”, dijiste entonces con la boca apretada, sin mirarme apenas y agarrando el bolso como si temieras que te lo robara. Creo que te asustaron varias cosas, mi sonrisa fija de suficiencia, mi chupa de cuero y mis brillantes en las orejas, hasta mi forma de apoyarme en la moto, como si el mundo me perteneciera, un ramillete de exhibiciones de macho Alfa a las que, estoy seguro, nunca has tenido oportunidad de acostumbrarte, pero a pesar de que era racionalmente capaz de comprender tu previsible renuencia, no fui capaz de aceptarla. Para mí, dejar de lado una conquista no era opción, y, además me gustaba pensar, entonces con supuestos motivos, que yo no era de los que se dan por vencidos. Conseguí no darme por aludido ni cuando te vi marcharte y me quedé allí, con fingida indiferencia, mientras meditaba qué estrategia me permitiría socavar tus defensas de “chica formal”, y sin que la posibilidad de no conseguirlo rondara siquiera mi complacido ego de triunfador.

En el tiempo - no mucho - que pasó o más bien dejé pasar hasta volverte a ver, tropecé por tercera vez con una misma piedra, llovió mucho, me hice un otro tatuaje. Al pasar los días, me descubrí rondando los lugares donde intuía que sería fácil encontrarte, y, por descontado, aunque cada noche tu imagen viniera a perturbar el descanso, ni me consentí siquiera pensar que parecía estar necesitándote mucho más de lo que tú parecías necesitar a

mí. Al fin, un martes te vi a lo lejos en un semáforo y antes de poder urdir una coartada que salvaguardara mi presunta dignidad, me vi corriendo todo lo que daban de sí mis piernas hasta llegar a ti, que respingaste, supongo que poco menos que atónita, ante mi presencia y ante mi evidente falta de aliento, no toda ella debida a la carrera. “¿Un café, unos churros, quizá?”...propuse una vez recuperado el fuelle, dispuesto ya entonces a hacer concesiones en la naturaleza de mis modales de conquista, hito inimaginable que, contigo, sin embargo, me pareció una renuncia inevitable y, de hecho, voluntaria: al volverte a ver resultaba poco menos que absurdo negar que me gustabas mucho, y que no se me iba a pasar por simple tozudez y mucho menos modestia para acatar los fracasos. Además, Elvira, esa vez me miraste, sí, esa vez sí, supongo que porque no llevaba mi chupa de cuero y la carrera había arrugado un poco mi pose de seductor hastiado de glorias, y sonreíste levemente mientras, no obstante, volvías a negarte. Insistí, otra vez, reacio a tener que soportar otro rechazo y, sobre todo, a tener que soportarlo de nuevo de ti. “Que no, que no”, insististe tú, reacia a tu vez a ponerme las cosas fáciles o meramente posibles. Quizá debí darme por aludido, la lógica no aconsejaría otra cosa, pero...

Te fui a buscar al parque una semana exacta después, cuando ya estimaba recuperado mi vapuleado orgullo. Sabía que te encontraría allí, había perseguido a tus estupefactas amigas para saber de ti y ya por entonces comenzaba a minarme el ánimo una urgencia que tenía mucho de desesperación, tanta que casi no me quedaban argumentos para disfrazarla de otra cosa. “Por favor”, supliqué “no perdamos más el tiempo” pronuncié con voz de adolescente acosado por la timidez. Nuevamente, fue un gesto inútil, aunque esta vez te detuviste a darme tus razones, razones que yo intenté vanamente desdeñar: “Podemos llevarnos bien, no te dejes llevar por las apariencias, exageras” te expresé, mientras iba sintiéndome, por primera vez en mi vida, absolutamente ridículo. Nunca me había interesado tanto por una mujer que estuviera, a su vez, tan interesada en rechazarme. “Que no”, dijiste... ¿por octava vez desde que te conocí? No lo sé. Sólo sé que al fin conseguí ver la escena desde fuera, que me recorrió la sensación de turbación más avasalladora de la que jamás me habría creído posible víctima, y que resolví que ya era suficiente. Vencido, me abroché despacio mi chupa de cuero, desistí de intentar siquiera enseñarte mi nuevo tatuaje y con un gesto que esperaba disimulase mi profunda desazón, me despedí. Me llevé mis

brillantes en las orejas, mis pulidos músculos de gimnasio y toda mi arrogancia conmigo, o quizá no, quizá esa concreta parte de mí, la seguridad que durante toda mi vida me había sostenido, te la quedaste tú.

No pensaba reclamarla. Todo estaba dicho. No era posible que alguna vez estuviéramos juntos, así debía aceptarlo. Fin. Habías conseguido hacerme ver justo lo que, imagino, habías visto tú desde el principio: una pareja absurda, imposible, como mucho fruto de los desvaríos de un tipo tan acostumbrado a conseguirlo que quisiera que ni había reparado en que siempre quería conseguir lo que en realidad ya estaba a su alcance. Elvira, me resistía a concederte tanto mérito, y quise proteger mi castigada autoestima. Recuerdo que entablé conmigo mismo un errático monólogo destinado a quitar hierro a mi primera reconocida derrota: “No pasa nada. Es la primera y última vez que te fijas en quien no debes, Esteban. Tampoco es tan grave, no se ha hundido el mundo” Y era cierto, el mundo no había cambiado, era el de todos los días, quizá se complacía él también en restregarme el alcance de lo inevitable... ¿Qué te diría ella si le preguntases si el mundo ha cambiado?” me pregunté, y yo solo me respondí con la única línea del único guion que permanecía inmutable entre nosotros: “Que no”, habrías dicho. Sonreí entonces y fue mi sonrisa, Elvira, una sonrisa amarga, triste, la sonrisa de un viejo, pero fue también la sonrisa que me permitió, casi sin pretenderlo, reunir la suficiente humildad para aceptar lo irrevocable, hazaña de la que en los días de mi vida me habría creído capaz. Me resultaba curioso que de ti viniera, en tantos aspectos, mi primera vez experimentando las incontables caras de la decepción.

Y seguí con mi vida, sin ganas, sin entusiasmo, pero con la firme voluntad de no retroceder hacia ti, mientras rogaba porque mis rutinas acabaran por engullir mis sentimientos, que de repente me avergonzaba siquiera admitir. Mi vida de siempre era terreno propicio para hacer germinar el total olvido de ti que yo buscaba al conjurarla, mi vida de siempre era de una simpleza completa y absorbente, repitiendo los mismos gestos en los que tan sencillo resultaría, o eso creía, ahogar tu mero recuerdo: acostarme tarde y dormir de día, pasar las horas despierto bebiendo y fumando, rodeado de ruido y vocerío, quemando la carretera en los inevitables ratos de soledad, escogiendo bien mi atuendo de ganador mientras me peinaba hacia atrás la que ya hace mucho que no es, quisiera admitírmelo o no, una gran melena.

Y fue cuanto menos doloroso que ni siquiera mi legendaria obcecación en seguir siendo quien había sido siempre, en no volver a proponerme conquistas que, en rigor, no tenían siquiera sentido, me salvara del asalto infame de la nostalgia más letal: la de lo que ni siquiera había vivido. ¿Cómo podía echar de menos experiencias que no había tenido más que en la imaginación, cómo podía torturarme la ausencia de quien nunca había estado presente? ¿Cómo podía añorarte, Elvira? Y, sin embargo, así era. Tú habías llegado a mi vida para inaugurar, para instaurar una nueva era en mi descreída trayectoria de depredador sin más moral que aquella que conviniese según la presa a abatir, para volatizar una forma de vivir que, ante ti, se revelaba como la verdad que nunca antes había perturbado en nada mi ánimo: un simulacro vacío, un hueco que llevaba toda mi vida llenando sólo con aire.

Pero cuesta mucho enfrentarse a los fantasmas que hemos logrado con mejor o peor fortuna arrinconar en el más polvoriento armario de la memoria, cuesta demasiado no sólo asumir el fracaso, sino la decepción de no haber sabido siquiera protegerse a uno mismo de sentirse fracasado hasta el tuétano de sus de repente agotados huesos. No sólo tenía que asumir no haber logrado de ti ni la más leve atención... fue algo peor que eso: me vi forzado a aceptar, a la vez, que por más que me empeñase no podía convertirte en un fallo prescindible, en una lección que no quería tomarme la molestia de aprender... en una mujer a la que olvidar como había olvidado a tantas otras que sí habían luchado por tener un lugar en mi pasado. Tú, que ni siquiera querías figurar como habitante de paso en mi registro de romances, te mutaste sin consentimiento en la huésped fija de mi más profunda melancolía.

Ya ves, Elvira: incluso arrojado de bruces contra la evidencia, me negaba a darle el nombre de amor.

Pero era tal mi percepción de estar acorralado por una esclavitud salida de la nada, que me revolví como se revuelven las fieras enjauladas que añoran su robada libertad. Así que quizá no sorprenda a nadie, y menos que a nadie a ti, que tanto parecías haber calibrado el abismo de mis carencias, que tomase la única decisión que sólo un hombre desesperado puede tomar: la equivocada. Resolví rizar el rizo, apuntalar la distancia que nos separaba y consolidarme en ser ese al que te habías negado prácticamente a mirar. Elegí,

con toda deliberación, reincidir en el hombre al que negabas un triste café. ¡Qué envenenada coartada proporciona el orgullo! Guiado por él, me sepulté a propósito en la ya impropia locura de mis días, me consagré a forzar mi rol de tipo curtido, hambriento de aventura y de peligro, sublevándome ante la mera posibilidad de aceptar que tal vez ya era momento de virar el rumbo. No, no conseguirías doblegarme, me dije, como si tú te hubieras tomado siquiera la molestia de intentarlo.

Ojalá lo hubieses hecho.

Porque ignoré lo que me contaba, lo que me gritaba la realidad, y me lancé a una espiral de estupideces, enfrascado en un reto inventado donde probaría que me iba muy bien siendo quien era y no necesitaba para nada a alguien tan aburrido, modoso y reposado como tú. Me fue fácil. Era un tipo con mucho tiempo libre que desconocía a voluntad el mero concepto de prudencia y sólo fue una inmerecida suerte la que, de una forma dolorosa pero probablemente la única útil, me salvó de mí mismo.

Fue hace dos meses cuando pasó lo inevitable que, aun así, decidí mantenerme aquí y concederme la oportunidad de no seguir interpretando el papel de imbécil. Al principio, sin embargo, me lo tomé como una afrenta de ese Dios al que supuse que tú rezabas mientras yo me dedicaba a jugarme tontamente el don de la vida. No me importó que, al decir de todos, la caída de la moto hubiese podido matarme y debía considerarme un tipo afortunado, me sentí lo bastante ultrajado, ofendido incluso, ante el bochorno que para mí suponía el hecho de verme en un hospital, sujeto a operaciones, a curas, a rehabilitación, a una vida que no dudé en calificar de inútil y parásita, y sólo acepté que mi etapa de motero había concluido de forma irremediable cuando, al paso del tiempo, y aun contra mi voluntad, se me fue impregnando el auténtico sentido de las palabras que, desde que sufrí el accidente, no paraba de oír a mi alrededor.

“Ya va siendo hora de que cambie de afición”, “Teniendo en cuenta las circunstancias, lo suyo es más que suerte, es casi un milagro”, “Por un lado le admiro, por otro, le diría que vaya viviendo de acorde a sus posibilidades”. “Pero hombre... cómo se le ocurre”... me decían, sumiéndome en un estado

que, pasada la rabia y frustración primera, comenzó a hacerme reflexionar. Me di cuenta de que, en el hospital, nadie se había fijado en mí, al menos no en aquello en lo que yo había basado toda mi identidad; nadie reparaba, y de hacerlo, mucho menos con admiración, en mis tatuajes, mi pelo largo, mis pendientes, ni siquiera en la musculatura que con tanto esfuerzo logro mantener. La indefensión de sentirme tan en baja forma, más aquella indiferencia hacia todo lo que hasta entonces había apuntalado mi propio auto-concepto, arruinó lo que me quedaba de ánimo. Me sentí desubicado, confundido... me sentí viejo, y quería culparte a ti, Elvira, porque sólo a raíz de ti podía situar el comienzo de lo que consideré sin paliativos mi declive, aunque en realidad, si hubiese querido verlo, se trataba de todo lo contrario. Pero era más fácil culparte, decirme que nada había sido responsabilidad mía, que tú habías arrasado con todo, convirtiéndome en un desconocido al que no permitías siquiera volver a recuperar todo aquello que antes daba significado a su vida. A causa tuya yo empezaba a verme como jamás me había visto antes, por ti y tus reiterados “que no” yo estaba cambiando, aun en contra de mi voluntad, y a pesar de mis esfuerzos, la vida había escogido darte la razón a ti y por eso estaba como estaba ahora: postrado en una cama la mayor parte de las horas del día, acudiendo a rehabilitación, sintiéndome dependiente, enfermo, inútil.

Sí, intenté culparte, echarte toda la carga encima, a sabiendas de que jamás tendría la oportunidad de que pretendieses cuanto menos defenderte de mis acusaciones y darme así la oportunidad de volver a verte, la herida que realmente me dañaba y la única que ninguna estancia en el hospital lograría sanar jamás, y ni siquiera el fracaso de aquella última estrategia de enamorado sumido en el desencanto me ayudó a desprenderme un átomo de tu recuerdo. Mientras tomaba mis insípidas comidas, con la vista detenida en las paredes pintadas de verde, o en el inmaculado paisaje blanco de las sábanas, pensaba en ti, en tu sonrisa leve mientras rechazabas educadamente mis insinuaciones, en cómo agarraste tu bolso la primera vez que me viste, en cómo me aseguraste, con tu lenguaje quieto y dulce, que nunca podría haber nada entre tú y yo. Pensé en ti y en todas y cada una de las veces que me habías dicho “que no”.

Pero por fin te comprendía. Por fin era sencillo vestirme con tus ojos y contemplar lo patético de mis acercamientos y mi insoportable tozudez. Era

lógico y hasta aconsejable que no hubieses querido nada conmigo, tenía que darte la razón.

Y supe entonces que, aun sin tenerte, me habías transformado en alguien mejor. Sólo alguien mejor de lo que fui podía sentirse preparado, preparado y sereno, ante la perspectiva de afrontar el resto de una vida sin ti.

Por eso, cuando hoy has venido a verme he creído estar sufriendo el primer y mejor espejismo de toda mi vida.

Te vi recortada a contraluz sobre la puerta, y durante un instante estuve a punto de pensarme loco, demente, perdida por completo la cordura en aras de un romance imposible. Pero me salvaron mis sentidos, mi olfato que percibió la estela sutil de tu perfume, mis ojos que reconocieron el contorno de tu bolso, de tu abrigo de pieles, de tus zapatos de marca con poco tacón, mi tacto que, estremecido de nervios, convirtió mis brazos en un territorio tembloroso, una reacción que sólo de ti podía proceder. Allí estabas, manifiestamente indecisa y turbada, sin resolver si irte o quedarte, plantada en el quicio. Tu perfil de auténtica dama se me antojaba un interrogante, y me sentí miedoso, por completo aterrado ante la mera idea de que te venciera la prudencia y te marcharas de allí. Pronuncié tu nombre, Elvira, tú alzaste la mirada y, cuando la sentí sobre mi cuerpo debilitado y pálido, tendido en la cama, una humildad gigante, inabarcable, convirtió mi proverbial arrogancia en pura ceniza. Sí, me había ocurrido, tras toda una vida creyéndome inmune a los asaltos del amor estaba loco por ti. Y qué. Me convencí de que al fin así lo habías entendido, aunque demoraste un minuto entero en aparentar siquiera que veías mi mano extendida, buscándote.

Diste un paso al frente, abandonando las sombras, y al fin se hizo nítida tu imagen y pude ver con claridad tu hermoso pelo plateado, tu collar de perlas, tu blusa de seda. Despacito, con cuidado, te sentaste sobre la cama y me cogiste la mano, transmitiendo a mi cuerpo una electricidad que sólo había concebido posible entre las líneas de una novela. Sentí que por fin había encontrado a la mujer de mi vida, a la que me completaba, a la que borraría de un plumazo mi necesidad compulsiva de ser el gallo del corral, el musculitos fanfarrón y pendenciero, o, simplemente, el inmaduro que no sabía asumir que

tocaba cambiar de tercio, sin querer ver que un jubilado no puede jugar a ser el donjuán de éxito, mi principal definición hasta que un día me crucé contigo y conectaste con lo más íntimo de mi propio ser. Toda mi vida había huido de las obviedades, había logrado incluso ignorar mi edad, mis limitaciones, mis capacidades, pero nada de eso me había protegido, nada de eso me había servido para lograr huir de ti... por suerte. Lo que importaba ahora, ahora que te tenía enfrente y escuchaba, conmovido, cómo habías sabido por los colegas del bar dónde habían ido a parar mis cascados huesos de playboy de saldo, era conseguir que ese inicial y frágil interés por mí no se diluyera en una visita breve, aséptica, de pura y estricta cortesía. Necesitaba más de ti, sólo tú podías ayudarme, sólo tú me convertirías en quien en el fondo, yo ya anhelaba ser, mi propio yo... sí, estaba aún perdido, enredado en las definiciones de lo que se suponía que era, de lo que había pretendido ser siempre, pero tú me guiarías, sacarías del armario mis camisetas de Heavy Metal, mis pantalones de cuero, mis chupas, arrojarías a las basuras mis brillantes y mi gomina y fingirías no ver el tatuaje con tu nombre que me hice después de que me rechazaras por primera vez.

“Siempre he sido un poco... bueno, un completo Peter Pan” traté de justificarme, intentando en vano cubrir mi irremediable cuerpo marchito con las sábanas. Tu silencio contribuía a que no me avergonzase hablarte, a me liberara de todos mis complejos, esos que sólo habían nacido ante ti, pulverizada mi soberbia frente a tu quieta sensatez. “Ya sé que no parecemos hacer muy buena pareja, pero no me apetece seguir siendo un casanova trasnochado, no me he querido dar cuenta de mi estupidez.” Tú asentías sin mirarme, la cabeza gacha, y supe que dabas la razón a mis palabras, pero intuí que no podía extender tu acuerdo a la propuesta que latía detrás de ellas, ya me habías expuesto tus razones, y no solamente las ubicabas en nuestras dispares formas de enfrentar la vida, sino en la cortedad de la vida misma que nos quedaba, si queríamos atender el mandato inexorable del calendario. Te miré, vi las arrugas en tus ojos azules, olí tu perfume, acaricié tus manos manchadas por la edad, pensé que si sólo tenía la oportunidad de conmover tu natural desconfianza, cualquier fracaso podía darse por bueno. Seguí hablándote, como si no me sintiese atemorizado ante el mensaje mudo de tu mirada baja, y te conté que ojalá quisieras arriesgarte conmigo, porque podía salir bien, que no debía preocuparte que me siguiera interesando salir

de copas con veinteañeros, que hacía mil años que era sólo mi tozudez la que me impedía acatar que ya era imposible tratar de seguir su ritmo, que despertaba dolorido cada mañana de resaca, sintiendo todos y cada uno de los años que marcaban a fuego mis huesos de sexagenario. Era verdad que no éramos niños, era muy cierto que no teníamos toda una vida por delante, pero, al mismo tiempo, ¿no la haríamos más intensa, más larga en cierto modo, al compartirla? La muerte era inevitable, pero podíamos llegar a ella de la mano, dejando tras nosotros un camino que yo sólo quería andar a tu lado. Contigo me apetecía todo, y todo no tenía nada en común con lo que había sido mi vida antes. Contigo quería salir al cine, a dar un paseo, a visitar una exposición, contigo me emocionaba la perspectiva de conocer a tus nietos, esos que yo renuncié a disfrutar algún día porque tener hijos no era lo moderno, sino una esclavitud que me impediría “vivir”. No podía dejar de hablar, Elvira. Irrumpieron en mí anhelos nuevos, recién nacidos, tan cotidianos, tan hermosamente domésticos, que no me alcanzaba la curiosidad para sorprenderme de mí mismo, y toda mi ambición se cifraba en que me acompañases a vivir cada uno de ellos de tu mano, que me mostraras la felicidad pausada que se esconde tras actos aparentemente fútiles pero llenos de sentimiento: comprar una chaqueta a cuadros, ayudarme a elegir y obligarme a usar las gafas, tomar un café a media tarde. Yo quería contigo lo sencillo y lo grandioso, lo quería todo, todo lo que implicase descansar a tu lado por las noches y seguir aspirando para siempre tu perfume.

“¿Vamos a intentarlo?, te pregunté, el pecho repleto de aprensión, asustado como nunca en una vida donde nunca, nada, salvo quizá el paso del tiempo, me había procurado el más leve recelo. “Venderé la moto, me borraré del club, llevaré el poco pelo que me queda peinado con la raya a un lado, si tú quieres”, improvisé, azorado como una damisela de siglo pasado. Sonreíste, tal vez a tu pesar. “¿Verdad que no vas a irte? ¿Verdad que no vas a dejarme solo? Dime que no, dime que ves más allá de este disfraz de Don Juan achacoso. Elvira, si pudiera arrodillarme lo haría, no me tengas en vilo, dame una oportunidad, déjame intentarlo. Prométeme que no vas a marcharte, que no vas a dejarme por imposible, que no soy tan insoportable. ¿Es que no me crees? ¿Es que quieres irte? Es eso, quieres marcharte, pero no sabes cómo negarte a este pobre viejo que se cae de viejo y de loco por ti. ¿Es eso? ¿Que quieres irte? ¿Es eso?”

Entonces me soltaste la mano, Elvira, y clavaste en mí tus cansados ojos de casi setenta años, y ya no me sentí un viejo, sino un niño, un niño que por primera vez descubre el dolor de la pérdida. Recordé el primer día que había entrevisto tu figura distinguida entrando en una elegante cafetería del centro y cómo pronto se cumplirían seis meses de luchar contracorriente, porque nada explicaba mi obsesión por ti, nada salvo que incluso a un jubilado con ínfulas de jovenzuelo seductor podía asombrarle el impacto insobornable del amor. Me pregunté si me sería posible alcanzar siquiera la serenidad cuando de nuevo, volvieras a decirme que no había nada que hacer. Pero mi atropellado discurso de auto-defensa se me apelmazó para siempre en la garganta cuando observé tus manos alzarse hacia mi rostro tembloroso. Acariciaste lento, muy lento, mis pendientes de brillantes y, con cuidado, los desprendiste de mis lóbulos y los pusiste en silencio sobre la mesita. Te giraste entonces y adiviné en el gesto de tus labios que ibas a responder y supe, esta vez supe, que oír tus palabras favoritas iba a ser el momento más hermoso de mi vida.

“Que no”.

NO ME LLAMES SI NO ESTÁS SEGURA

Antonio Presencia Crespo

Me dejé caer con ganas en el sofá, que acusó el golpe con un ruido amortiguado, mezcla de aire y sorpresa. Había terminado de comer y recogido, a velocidad de vértigo, mis escasos enseres culinarios de la mesa. Lo había dejado todo en su sitio. Más o menos limpio y en orden. En ese bendito instante del inicio del relax... sonó el teléfono fijo. Un aparato viejo y azul, del que casi siempre recibía malas noticias. Ese maldito artificio feo y anticuado había esperado hasta ese momento de tranquilidad para sonar. Podía haber molestado cinco minutos antes, pero prefirió hacerlo en el preciso instante en el que iniciaba mi momento de máxima calma tras el almuerzo.

Habitualmente soy un tipo tranquilo. No me definiría como un cachazas, pero no me desespero cuando todas mis esperanzas se vienen abajo por un ring. Dediqué unos segundos a pensar quién podría ser y descolgué el auricular. Al otro lado, una voz de mujer me saludó muy educadamente.

- Buenos días, me llamo Mónica, le llamo del Instituto Nacional de Estadística. ¿Puedo hacerle unas breves preguntas? Será poco tiempo.

Sin poderlo evitar, hice una ficha mental de la mujer que me hablaba, basándome en la entonación, flexión verbal, musicalidad y tono de su embriagadora voz: unos 32 años, española, acostumbrada a hacer este trabajo. Amable por carácter y profesión. Una especialista. No le molesta hacer su trabajo. Incluso diría que incluso le gusta llamar a desconocidos.

Que nadie piense que soy criminalista, caracterólogo o un experto en voces humanas. No, soy un simple funcionario del ayuntamiento que tiende a sacar conclusiones precipitadas y casi siempre equivocadas, pero las saco, y no lo puedo evitar.

Fue el tono de su voz lo que me animó a bajar el portón de la prudencia sobre el foso de la temeridad, dejando expuesta mi fortaleza de la tranquilidad vespertina. Fue su voz, ninguna otra cosa.

- Está bien, pero sea breve por favor. He acabado de trabajar y estoy un poco cansado.

Su bonita voz rio ligeramente con mi respuesta como si hubiera sido una ocurrencia graciosa, una salida chistosa. Lo más curioso es que no me pareció una risita de compromiso, sino, más bien, una muestra franca de diversión por lo que se le presentaba; unos cuantos minutos preguntando cosas más o menos personales a un tipo extraño.

Con su pequeño test averiguó sin dificultad y sin oposición por mi parte que mi nombre era Octavio, que tenía 35 años, que estaba soltero, que vivía con mi madre que era viuda, etc. También descubrió que no pensábamos hacer inversiones en el piso familiar durante el próximo año ni teníamos planeado mudarnos. Mi madre seguía la conversación desde la butaca de al lado, con cierta curiosidad desdeñosa. Todo era inquirir con el movimiento de su cabeza cargada de años y sus ojos preguntones con quién hablaba, y yo movía la mía de un lado a otra para manifestarle que no era “nadie importante”. Era evidente que mis movimientos de cabeza no satisficieron su curiosidad, pues mi madre era una mujer mayor, pero no tonta, y se preguntaba por qué si no era nadie importante le estaba dando tanta información sobre nosotros.

Al cabo de unos diez minutos, mecido por su agradable tono de voz, Mónica me anunció que habíamos terminado y que me agradecía mucho mi tiempo. Le respondí, con educación:

- De nada, gracias a usted.

Esta respuesta cortés le animó y me hizo una contraoferta que no esperaba.

- Una cosa más, Octavio ¿le importaría que le volviera a llamar en otras ocasiones para encuestas similares?

La propuesta era tentadora y su voz aterciopelada, pero me mantuve firme:

- No, lo siento. Creo que con una vez ha sido suficiente—. Reconozco que fui muy contundente. Traté de acompañar la frase con afabilidad, pero hay palabras que soportan mal un disfraz que contradice el significado que transportan. No era no, por muy amable que lo dijera.

- Lo entiendo, no se preocupe. Muchas gracias de todas formas.

Ahí terminó nuestra conversación telefónica, por lo menos en el ámbito externo, pues en mi imaginación tuvo cientos de finales distintos que fui desgranando en las horas que continuaron.

A la mañana siguiente no había rastro en mi memoria de lo hablado ni de los finales inventados por mi imaginación. Así somos algunos hombres, todo sucumbe en pocas horas. Esto ocurre especialmente si el hecho no tiene ninguna trascendencia externa, como era el caso. Gracias a Dios el olvido es una de las potencias del ser humano que funcionan a las mil maravillas y, según dicen, mejoran con la edad.

Sin embargo, el azar o el destino tenían otros planes, y me pillaron con la guardia baja. Al día siguiente, a la misma hora, en el mismo instante de tranquilidad por estrenar, el maldito teléfono volvió a sonar. Ni se me ocurrió por un instante que fuera ella, pero allí estaba con su voz, que sonaba vibrante en el auricular.

- Dígame— dije incauto

- Buenas tardes, ¿Octavio?

Me había reconocido a la misma velocidad que yo lo había hecho al escuchar una sola sílaba de su saludo vespertino.

- Sí, soy yo, ¿con quién hablo?— de sobra lo sabía pero las conversaciones telefónicas tienen sus rituales y no tenía ninguna razón de peso para saltármelos.

- Soy Mónica, del Instituto Nacional de Estadística ¿lo recuerda?

- Sí, sí, lo recuerdo, dígame.

- Mire, D. Octavio, ayer olvidé hacerle algunas otras preguntas que resultan necesarias para el trabajo que estamos realizando, ¿le importa?– lo que realmente me importaba era aquel cambio del Octavio a D. Octavio, y siempre hablándome de usted, que me tenía un poco desconcertado.

- No, no me importa, dígame.

Se sucedieron una tras otra las preguntas financieras, laborales y personales. A esas alturas de la partida no iba a poner resistencia. Pero la guardia estaba baja y solté alguna que otra ocurrencia y chistecillo que fueron alabados al otro lado del auricular con algarada de risas y simpatías. Lógicamente, me vine arriba y la mínima precaución que apenas se había hecho notar en mi interior se derrumbó.

A los veinticinco minutos la conversación se había acabado. Tras colgar el auricular y mirar fijamente el teléfono no podía dejar de pensar amargamente que la tal Mónica lo sabía todo de mí, y sin embargo, nada sabía yo de ella, salvo su nombre. Había caído presa de sus encantos que permanecían completamente ocultos bajo ese nombre y esa voz, casi anónima. Si supiera algo de ella, podría sopesar, valorar, criticar... pero no tenía ninguna realidad a la que agarrarme, y las piezas del puzle que faltaban, –que eran prácticamente todas– las iba a poner mi imaginación. Bien sabía yo que el resultado sería una mujer idílica, revestida de las mejores cualidades humanas y espirituales.

Había vertido sobre mis oídos las gotas exactas de su elixir. Ya solo necesitaba el paso del tiempo, que corría a su favor, mientras el licor de su veneno recorría cada rincón de mi cerebro, en silencio, sin ruido, sin descanso.

Al día siguiente esperé su llamada. No habíamos quedado en continuar la encuesta ni modifiqué mi prohibición de ser utilizado para posteriores investigaciones. Pero aun así esperé su llamada durante todo el día. Tenía la intuición de que volvería a llamar, pero mi corazonada falló, como siempre. La llamada no llegó. Los días pasaron y el teléfono no volvió a comunicarme noticias del Instituto Nacional de Estadística. Acabé por olvidarla. Qué

maravilloso es el olvido, pensé... amargamente.

Una semana y dos días después, el teléfono sonó a la misma hora. Todas mis expectativas se agolparon en el estómago mientras descolgaba el auricular.

- Dígame

- Le llamo del Instituto Nacional de Estadística.

No era ella, no era su voz. Se me disparó el sentido automático y le hice mentalmente un escáner a la propietaria de la voz: española, menor de treinta años, no está acostumbrada a este trabajo y no le gusta hacer este tipo de llamadas.

- Ya me llamó hace unas semanas una compañera suya– yo mismo noto en las flexiones de mi voz un tono de enfado...por la decepción.

- Si por eso le llamo...

Todo mi cuerpo se puso en tensión en un instante. ¿Qué significa esta llamada?, me pregunté yo mismo, pero ella se adelantó:

- Quería que me hiciera una valoración de la atención recibida por nuestra agente.

No sé si fue más dolorosa la decepción ante mis expectativas o que llamara a mi querida voz “nuestra agente”. Fue como un puñetazo en la boca del estómago, un golpe bajo en cualquier caso. Me dejó KO, no pude replicar, no pude oponerme. Empezó su estúpida evaluación.

- Del uno al diez cómo valoraría la atención recibida por nuestra agente, siendo uno el valor más bajo– me hizo gracia la aclaración.

- Ocho– ha perdido dos puntos por no llamar ella personalmente para preguntármelo, pensé.

Preguntas y más preguntas: sobre la longitud de la entrevista, sobre la utilidad de las cuestiones, y un sinfín de naderías que es difícil creer que le puedan interesar a alguien.

- ¿Cómo valoraría la empatía de nuestra agente? Puntué de uno a diez siendo uno el valor más bajo.

La pregunta me saca de mi sopor telefónico: ¿empatía? Me suena curiosa la pregunta.

- ¿Cómo dice, señorita?

La nueva voz femenina del Instituto Nacional de Estadística repite la pregunta. Le noto una vibración nerviosa en el tono de voz, quizás son imaginaciones mías.

- ¿Qué quiere decir exactamente?

- Pues... si ha habido conexión. En fin, lo que se suele entender por empatizar.

La respuesta, sin ser errónea me suena más rara todavía, considerando el contexto.

- ¿Si me ha caído simpática... quiere usted preguntar?– pongo toda la carne en el asador, apuesto el todo por el todo.

- Bueno... sí, podríamos decirlo así– el nerviosismo en la voz es más que notorio.

Me están mandando un mensaje cifrado y no lo voy a dejar sin contestar.

- Diez, un diez– respondí con tranquilidad y contundencia

Mi mensaje llegó alto y claro, lo noté. Tras dos segundos de silencio. La nueva agente, que ni siquiera se presentó, dio por finalizado su objetivo, tenía su botón y se batió en retirada.

- Gracias. Eso es todo. Ha sido usted muy amable. Adiós.

Tardó tres segundos exactos en despedirse y ni siquiera esperó mi respuesta para colgar el teléfono.

Estiré lentamente el brazo y colgué despacio el auricular. Repetí en mi memoria la escena, fotograma a fotograma. Puse cara a la voz. Me imaginé a Mónica a su lado. Las dos amigas conchabadas, llamando desde un despacho del INE, haciendo una encuesta absurda a un desconocido por el que Mónica siente algo, aunque se niega a reconocerlo. En dos minutos me monté mi película. Yo sólo me la imaginé. Le puse guion, música y efectos especiales. Viví en ese mundo inventado y decorado por mí durante un par de días. Pero vivir de la imaginación es muy duro y difícil. Pronto la música de mi telenovela empezó a desafinar y los rostros se desdibujaron. En una semana, ya sin llamadas, la historia estaba casi olvidada.

Hubo un pequeño repunte. Un rescoldo de brasas removidos. Unos días después de esa llamada, hablando con mi madre salió a relucir la última conversación telefónica. Lógicamente, me cuidé muy mucho de poner sobre el tapete mis sospechas conspiratorias de una amante platónica, secreta y muy esquiva. Pasar por idiota no es plato de gusto para ningún hijo, especialmente si es adulto y puede evitarlo. Sin embargo, sí comenté lo pesado que me parecía ese sistema de encuestas telefónicas con la respectiva comprobación de satisfacción que duplica las molestias al que se aviene a contestarlas. Mi madre se quedó en silencio, sin decir nada. Sus dedos rápidos se movían entre el tejido de labor. Los ojos, fijos en la aguja, y ausentes al mismo tiempo. Su boca fruncida, pensativa. La típica boca de madre pensativa que te va a soltar, de un momento a otro, verdades como puños. Al cabo de unos segundos dijo:

- Me resulta raro que el Instituto Nacional de Estadística ponga tanto empeño en valorar el grado de satisfacción de las encuestas telefónicas. Es más propio de empresas privadas, como telefonía móvil y cosas así. Las empresas públicas no suelen estar dispuestas a gastarse el dinero en ese tipo de comprobaciones-.

Una vez más confirmé que mi madre es mayor, pero no tonta. No añadió

nada más, y no hizo falta. En un instante volví a poner todos los decorados que mi imaginación había construido. La música de fondo sonó de nuevo. Sin embargo, sin llamadas, sin más material para construir historias, era difícil progresar y el silencio de la imaginación se fue imponiendo. El fuego terminó por apagarse, no así las brasas.

Tres semanas después, mi teléfono viejo y azul volvió a sonar a la misma hora, con el mismo sonido de la primera vez, con la misma intención. Era ella y me di cuenta de inmediato.

- Dígame
- Le llamo del Instituto Nacional de Estadística
- ¿Eres Mónica?– pregunta retórica, pues no lo dudé ni un instante
- Sí, soy yo.

Las incertidumbres de los días pasados se acumularon en mi mente. Todos los finales que había elaborado mi imaginación avanzaban a codazos para hacerse un hueco en la realidad. Surgieron nuevas expectativas, nuevas ilusiones. Pero esta vez la voluntad, y cierto punto de cordura que encontré por el camino, acompañaron a la imaginación y puso palabras en mi boca.

- Mónica, ¿qué quieres de mí?– le pregunté con ternura
- No lo sé, Octavio– respondió con melancolía–. Me siento confundida y aferrada al recuerdo de tu voz. No sé qué hacer.

Se hizo un silencio, con el ritmo de la pesada y tensa respiración a ambos lados del auricular. Tomé una decisión. No quería seguir viviendo de imaginación ni esperanzas. No quería seguir entregando información a quien nada me daba a cambio. No me daba miedo la incertidumbre de una relación telefónica, pero me aterraba amar el anonimato escondido tras un nombre de mujer.

Tomé una decisión. Puse mi condición.

- Mónica, tienes que aclararte. No me llames si no estás segura.

Al otro lado, silencio. Un amargo silencio para ambos. La pequeña llamarada de esperanza aún titubea en mi mente. Oigo un breve suspiro por el auricular, casi imperceptible. De pronto, sonó su voz.

- Gracias, caballero, por su tiempo— fue su respuesta de cortesía aprendida, dichas con el clásico tono mecánico y amable de una entrevista telefónica.

Y colgó el teléfono.

El eco vacío que quedó en el auricular de mi viejo teléfono azul estableció vasos comunicantes con el tremendo desencanto de mi interior. Por alguna fisura de mi alma se estaba escapando la última esperanza. Colgué el teléfono, aunque me sentía como si, más bien, fuera mi alma la que colgaba ahorcada del cable de mi viejo aparato azul. Había apostado fuerte —era una apuesta sincera y honesta, no lo voy a negar— pero perdí.

¿Qué me quedaba? Un vacío infinito, eterno... y muy, muy doloroso. El daño profundo venía del descubrimiento atormentado de que yo amaba profundamente esa voz y ya no podría encontrar nunca a quién pertenecía.

- Vete corriendo al Instituto Nacional de Estadística— me decía mi alma que aún se balanceaba ahorcada, colgando del cable del teléfono.

- Eso es absurdo— dije en voz alta.

- Lo es— admitió ella desde el cable— pero si no haces algo la perderás para siempre.

De pronto el teléfono volvió a sonar. Realmente no llegó a hacerlo. Muchos teléfonos antiguos, y el mío lo es, hacen un pequeño clic antes de gritar “ringggg” como un energúmeno. Previamente a que ese clic acabara su ciclo sonoro de un microsegundo el auricular ya estaba apoyado con fuerza en mi pabellón auditivo.

- ¿Octavio?– dijo la voz. No era ella

- Sí, soy yo– respondió en mi nombre toda la decepción que en mí cabía- y no era poca. Acompañada de la mano, no lo voy a negar, por una diminuta chispa de esperanza.

- Me llamo Adela. Soy compañera y amiga de Mónica–esa voz nerviosa enmudeció de golpe, como pensando la siguiente frase. Claramente, Adela me había llamado en un arrebato de desesperación por su amiga y estaba calculando su siguiente paso. No me atreví a interrumpir su silencio para no volver a meter la pata– ¿Qué os pasa a vosotros dos?– añadió alzando un poco la voz y con cierto enfado.

- ¿Está Mónica contigo?– pregunté con tono de súplica.

- Sí, te la paso– añadió con alivio.

Mientras ella se ponía al auricular decidí poner la rodilla en tierra como prescribe la costumbre en estas ocasiones. Cuando confirmé que Mónica me escuchaba le dije.

- Querida Mónica, amor mío. Cuando me llamaste, sin pretenderlo, me elegiste. Cuando te respondí empecé a amarte. No te he visto nunca pero te conozco bien. No sé cómo son tus ojos ni tus cabellos pero conozco de ti todo lo necesario para entregarte mi vida. Sé que es maravilloso que existas. Sé que es estupendo que existas tal como eres. Y he descubierto, por tu voz, que eres la mejor existencia para mí.

- Te amo– dijo ella con la simplicidad de quien se entrega por completo. Con la sencillez de quien supera la última resistencia de su corazón.

Después de un rato largo hablando, ambos colgamos el auricular a la vez. Por fin había finalizado la entrevista del Instituto Nacional de Estadística. Mi imaginación retiró los decorados. Mi esperanza se llevó el anhelo permanente de la espera. Ella me trajo esa misma tarde, cuando nos encontramos en el bar, la belleza real y plena que acompañaba su voz. Esa voz dulce y melodiosa que aprendí a amar a través de mi viejo teléfono azul.

DIME QUE ME QUIERES

Ana Perejón López

“A todos los tipos de amor, especialmente a aquel que se encuentra más allá de la vida”

París, noviembre 2016

Un viaje de negocios beneficioso para el próximo lanzamiento de su fragancia más novedosa se había convertido en la excusa perfecta para mantener a Marc al margen de su planificado itinerario. Al principio se había sentido un poco mal consigo misma, pues la alianza de plata envejecida con la que su prometido le había obsequiado unas semanas atrás le otorgaba el compromiso de acrecentar aún más esa sinceridad mutua que habían conseguido labrar desde los 9 años, cuando apenas eran unos críos con los bolsillos vacíos y los corazones cargados de inocencia. Sinceridad que ella había pasado por alto cuando reservó un billete para un vuelo directo a París. Sin embargo, en sus adentros sabía que su Marc era todo corazón y que le perdonaría esa pequeña mentira piadosa cuando la observara avanzar en dirección al altar con aquel vestido de novia de ensueño que llevaba en una bolsa elaborada artesanalmente de la boutique donde lo había comprado, Rose&Co .

Comenzó a caminar en dirección al hotel en el que se alojaría esa noche, cerca de una pastelería cuya especialidad eran los *croissants*. Sumida en una especie de trance, materializó uno de esos recuerdos que guardamos en las profundidades de nuestra memoria y que con los años olvidamos pero que, de repente, un estímulo vuelve a darle forma. Se había enamorado perdidamente de ese pequeño y elegante negocio parisino cuando callejeaba con sus padres y su hermano un caluroso agosto en el que decidieron hacer un viaje familiar cuyo primer destino fue la ciudad del amor. Cuánto le cambió la vida ese maldito verano, cuánto entendió lo efímera que es la existencia y cuánto había que disfrutar de ella tras la lacónica enfermedad de Charly, que culminó con un funeral teñido de blanco y el alza al cielo de sus pequeñas alas.

Ahora aquellas avenidas, tan enormes y luminosas por entonces para sus ojos, se habían metamorfoseado en callejuelas con olor a tierra húmeda, charcos y tonos grises, aunque no más grises que los rostros de sus transeúntes. Suspiró profundamente, tal y como sabía que tenía que hacer cuando sintiera que se ahogaba con uno de esos recuerdos que apuntillaban su corazón y pensó en Marc y en el cálido beso de despedida que le regaló en el aeropuerto.

Prosiguió con algo más de celeridad su marcha por la Avenida *Claude Vellefaux*, pues deseaba darse un baño y cenar algo rápido para hacer unas llamadas posteriormente. Habría conseguido llegar a su destino, de no ser por lo caprichosa que fue la suerte en la siguiente sucesión de minutos. Un conductor de origen libanés de no más de 35 cuyo campo de visión prioritario era la pantalla de un móvil jugó el rol principal en un juego cuyo objetivo fue Martha. Un golpe seco y certero y un frenazo apurado fueron la causa principal de un cuerpo femenino salpicado en sangre colocado en el centro de un paso de peatones donde nadie conocía a nadie, nadie se figuraba nada, más que la desgracia de una chica joven que había sido fuertemente embestida y cuya única posesión en aquellos instantes, un vestido de novia tejido enteramente en diminutas piedras de *swarovski*, había volado por los aires al son de gritos y alaridos, al igual que ella.

Hospital Saint-Louis, París, febrero 2017

Un traumatismo craneoencefálico ocasionado por atropello había sido el diagnostico que justificaba semejante estado vegetativo que ataba delicadamente a Martha a la vida mediante una respiración lenta, pero constante.

Marc entró en el pequeño lavabo de aquella odiada sala azul turquesa que desgraciadamente se había convertido en los últimos tres meses en un escenario familiar, una estancia obligada que ninguno de ellos podía cancelar. Comenzó a refrescar un poco su cara y por primera vez se percató de algo más que la subida y la bajada de un pecho, de unas indicaciones médicas, o unos alimentos de hospital insípidos que solía llevar al estómago de manera mecánica. Su reflejo. Martha habría odiado contemplar al hombre que ahora

mismo se posicionaba delante del espejo. Una barba perfectamente recortada por José, el mejor barbero del barrio y amigo de Marc desde el parvulario, había sido desde siempre la perdición de su prometida. Ahora se había convertido en un buen montón de pelo graso y desmarañado. Mas no solo una barba descuidada hacía de su faz un cuadro incomprensible, sus ojos amorronados se antojaban secos. Recordó la extraña manera en la que comenzó a llorar tras enterarse de la peor noticia de su vida; primero fue un llanto casi apagado, melódico en su interior, como aquel de un cachorrillo al ser separado de su amo las primeras veces, aquella sensación de retoño indefenso, de llaga expuesta al mundo. La siguiente semana ese llanto se transformó en un miedo que comenzó a crecer en sus entrañas, que lo carcomía con la sola sospecha de oír a la muerte llamar a la puerta. Fue así cómo no consiguió conciliar el sueño ninguno de aquellos nefastos días, cómo comenzaron a trazarse dos profundas líneas negras en la parte inferior de sus ojos. Se despertaba cada madrugada gritando «Martha» y acto seguido buscaba su figura inmóvil. El doctor Boudoir aconsejó a los padres de la paciente hacer las guardias de noche a otro miembro del entorno familiar, pues esos sobresaltos repentinos que lo martirizaban inconscientemente podrían alterar no solo el estado de la paciente sino del resto de enfermos de las habitaciones contiguas.

Marc decidió por entonces que debía adquirir cierta entereza para no fallar a Martha, para permanecer a su lado cada segundo, cada latido más fuerte que otro. Y de esta manera consiguió convencer a Montse y a Fernando, sus suegros, de su integridad y dedicación completa a la vida de su hija, que pendía de un hilo. Él sabía que debía ser ese pilar sobre el que se sostuviesen los lloros de los demás, la valentía a la hora de escuchar el reconocimiento diario clínico, las palabras esperanzadoras que todos necesitaban oír. Sabía que Martha hubiese querido que cuidase día y noche de ella, pero también de sus padres, que ya no tendrían la fuerza necesaria para volver a soportar la devastadora idea de la pérdida, no se imaginarían seguir existiendo como padres huérfanos, a la merced de una sombra segadora. Por eso había conseguido aparentar un comportamiento ejemplar durante casi tres meses, según el personal del hospital, que había seguido muy de cerca el caso del muchacho que no se separaba ni un segundo de la joven hospitalizada.

Marc salió del baño y se sentó en el sillón mullido color crema que parecía haber adoptado la forma de su cuerpo y oyó el suave chirrido de la puerta al abrirse. Era Montse, que traía como cada día un ramo de flores nuevo.

- Me ha dicho el chico del puesto que son unas Gerbera, o al menos, eso he entendido. Seguro que le gustan a mi niña, ¿verdad?

- Sí. Respondió condescendiente mientras la observaba cambiar las flores lilas del otro día, por las nuevas que había comprado.

A Martha le encantaba el aroma que desprendían las flores, bueno, realmente, todo tipo de olores extravagantes y singulares. Decía que cada aroma distinto que descubría, la transportaba a un buen momento, a un recuerdo que su memoria selectiva quería que conservara. Y siempre había soñado con enfrascar esas sensaciones reconfortantes en recipientes de cristal delicados y poder esparcir su magia entre sus futuros clientes. Adoraba su profesión, le había costado años de trabajo como camarera en bares o cuidando a niños ahorrar el dinero suficiente para montar un pequeño negocio, su anhelada perfumería, que finalmente, con algo más que simple cabezonería, se había convertido en el negocio más exitoso de la calle más transitada de toda Andorra.

Marc se separó de ella aquel remoto día de noviembre, con la esperanza de que consiguiese lanzar al mercado parisino la fragancia en la que llevaba trabajando durante un año. Habría sido un bonito regalo de boda -pensó- pero todo golpe de suerte viene acompañado de dos de realidad y ahora allí estaban los dos, más al lado el uno del otro que nunca, pero a la vez tan lejos. Se acercó hacia ella y tomó su mano. El contacto desprendía un cosquilleo gélido entre ambos cuerpos. Llevaba en ese horrendo estado de sueño demasiado tiempo, le había parecido una eternidad seguir levantándose sin oír su voz enérgica cada mañana, sin sus conversaciones diarias, a veces irrelevantes, otras cargadas de inteligencia, sin sus caricias que resultaban ser la mejor cura ante un día duro de trabajo en la oficina, sin esas duchas compartidas que inundaban de paz su cuerpo y más aún su alma. En resumidas cuentas, no tenía ningún sentido que disfrutase del paso del tiempo sin la vida

que amaba y que parecía que le habían arrebatado, pues la suya giraba en torno a la de ella. Aún sin estar presente, sus ojos la seguían viendo como siempre: bella, delicada y serena pero a la vez fuerte y misteriosa. Le acarició el rostro y ante el silencio inminente que atestaba la habitación, su voz interna le dedicó un pensamiento: ¿Dónde estás, Martha?

Martha, lugar desconocido

La sensación de estar completamente mojada de agua logra despertarme -¿Qué es esto?- pienso mientras me incorporo algo aturdida. Llevo un vestido fino de tirantes de un tono tierra poco llamativo que con el efecto del agua consigue ceñirse a mi cuerpo y dejarlo al descubierto. Me doy cuenta de que, en efecto, estoy sentada sobre un charco de agua de presencia algo turbia que se extiende a lo largo de unos metros. Miro a mi alrededor y no consigo vislumbrar nada en concreto, por más que intento orientarme una neblina plomiza rodea el espacio en el que me hallo que parece una esfera perfecta, confeccionada con un compás.

- ¿Hola? ¿Hay alguien aquí?- pregunto en voz alta a la vez que giro la cabeza en busca de una persona que pueda ayudarme, que pueda explicarme qué es este sitio, por qué me han abandonado aquí a mi suerte.

- ¿Holaaa?- repito con todo el ímpetu con el que podría pronunciar una palabra en voz alta en busca de una respuesta, de un sonido, de una señal de vuelta. Pero nada, nada se escucha y nada se mueve en esta atmósfera que desconozco y que por momentos, empieza a acobardarme con su silencio, el cual tampoco sé hasta dónde puede extenderse.

Me llevo las manos a la cabeza debido a un leve dolor que he notado. Ha zarandeado un poco mi interior con una leve punzada pero ya ha pasado. He decidido intentar hacer memoria, puede que esta realidad que estoy viviendo forme parte de algún lugar que desconozco donde me he perdido y donde casualmente me ha vencido el sueño. Puede que en este preciso instante alguien está emprendiendo una búsqueda con el objeto de mi pérdida, no lo sé, sería demasiado fácil interpretar ese pensamiento como el verdadero pero quiero aferrarme a él con todas mis fuerzas porque me está empezando a

latir el corazón un poco más rápido que antes debido a un miedo que poco a poco, se está apoderando de mí. Por más que lo intento, por más que escarbo entre los escombros de mi memoria no encuentro nada con lo que consiga identificarme, algo con lo que pueda reconocerme. No sé cuál es mi nombre, no recuerdo nada que pueda darme un indicio de quien soy, o de quien fui. Todo es muy confuso, la cabeza empieza a dolerme más y más con un dolor punzante que se estira con cada esfuerzo que llevo a cabo al intentar capturar algún recuerdo, por mínimo que sea. Sólo consigo visualizar vagamente una gama de colores azules, rojos, violetas, de un matiz vivo que corren rápidamente de un lado a otro logrando establecer en mi cerebro imágenes difusas y desenfocadas.

- Vale- afirmo a media voz mientras inicio un monólogo interior. Tienes que tranquilizarte y todo irá bien. Ahora vas a ponerte de pie, respirar profundamente y comenzarás a caminar en busca de ayuda, aunque eso signifique dar dos pasos a ciegas en un entorno que tal vez puede ser peligroso- me advierto-. Sin dudarlo ni un segundo más, adopto la posición bípeda y cuando estoy decidida a emprender un camino indeterminado con ninguna otra compañía más que la mía, noto cómo una mano apresurada se posa en mi hombro derecho y lo estrecha, requiriendo que me detenga.

- No estás sola, Martha- pronuncia con entonación neutra una voz anónima.

Hospital Saint-Louis, París, febrero 2017

Marc observaba desde el gran ventanal de la sala azul turquesa a un hombre de unos cincuenta años de edad, el cual destacaba por la semejanza que podría establecerse entre sus cabellos y una fuente cuyas aguas, apenas hilos semi transparentes y blanquecinos, se desplomaban hacia el vacío en una línea curva y chispeante. Fernando, aquel señor de mediana edad que una vez fue un sujeto delgado y elegante, se encontraba trajeado en un chándal gris en la calle opuesta a la del hospital, muy cerca de un pequeño kiosco donde vendían flores, periódicos y algunas revistas. El humo de lo que parecía ser el segundo cigarrillo de la mañana ocultaba su rostro. Desde la muerte de su hijo pequeño Charly volvió a recaer en aquel vicio, el cual había conseguido abandonar durante cinco años gracias a unos meses con una terapia que le

había ofrecido un tratamiento encaminado a contrarrestar la dependencia a un fuerte tabaquismo.

Dejando a un lado esa desmotivadora perspectiva se fijó en la buena de Montse, que no se había separado de su hija en todo el día más que para asearse un poco y que ahora se hallaba vencida por el sueño en uno de los brazos de aquel incómodo sillón color crema con los ojos cansados y cerrados. Se levantó entonces para acomodarle un poco la manta de tonos azules, rojos y violetas con la que se había tapado antes y que ahora arrastraba por el suelo. Recordaba perfectamente esa manta tan vistosa, pues le había obligado a estar más juntos, más acurrucados el uno en el otro, el día que pidió a Martha matrimonio.

El cielo había teñido con una bóveda azul añil aquel espacio natural y mágico que descubrieron cuando apenas tenían 10 años en una de sus excursiones –y expediciones altamente secretas - por la montaña .Habían dejado a un lado la cesta donde se encontraban las sobras de lo que había sido un delicioso picnic a base de bollería y productos de supermercado (sí, eran así de simples) y en ese momento esperaban ansiosos el espectáculo de luces y meteoros que bailaban a lo largo y ancho de la Vía Láctea y del que disfrutaban cada 10 de Agosto pidiendo tantos deseos , soltando cada carcajada más viva que otra al señalar un punto iluminado arrojándose a la nada, como Perseidas adornaban la techumbre nocturna. Aquel día empezó a refrescar un poco, obligándoles a sacar aquella manta colorida y a convertirla en un refugio de amor. De pronto, dejó de contemplar la famosa lluvia de estrellas para encontrar ante sí el más majestuoso e irreal de los espectáculos: ella. Así, con el pelo revuelto y encrespado, tez blanca, ojos brillantes y nariz respingona había tatuado para siempre en su memoria y más aún, en su corazón, al ser más bello que conoció nunca y con la que había sentido y comprendido lo que significaba el dificultoso pero satisfactorio camino hacia el amor, el dolor ajeno, la pasión y la felicidad compartida.

- Sólo te pido una cosa, pequeña- dijo en voz baja rompiendo el embrujo que generaban los meteoros en Martha y consiguiendo su completa atención.

- Lo que usted pida- contestó ella, sonriendo.

- Dime que me quieres

- Te quiero- afirmó sintiendo cada una de las letras, sosteniendo la mirada de su amado con una dulzura ilusoria.

Y jamás dos palabras hicieron vibrar más sus tímpanos, su alma, sus sentidos.

- Entonces me harías el hombre más afortunado del universo si me aceptas, mi pequeña, como esposo. Quiero- pronunció mientras recogía las lágrimas que se deslizaban por las tibias mejillas de ella- caminar contigo, sentir contigo, vivir contigo, morir contigo. Seremos uno hasta el fin de nuestros días, los cuales serán tan maravillosos como podamos imaginar, aunque se avecinen épocas difíciles y tormentosas siempre encontraremos la manera de vencerlas y volver a sumergirnos en nuestra burbuja de amor, de pasión. Sólo dime que sí. Y ella le dijo que sí y las estrellas que se encontraban a miles de kilómetros de ellos, brillaron un poco más fuerte.

Fernando entró en la habitación y clavó la mirada en Marc, que rápidamente comprendió que debía dejar un tiempo a solas a los tres, sabía que necesitaban cierta intimidad familiar por muy difícil que le resultase separarse de Martha. Bajó por el ascensor a la planta 0 donde estaba situada la cafetería y compró una apetecible baguette *au fromage* para tomarse mientras paseaba por el jardín trasero del hospital.

Grandes árboles se alzaban sobre la hierba recién cortada, que junto a la espesa humedad que se levantó aquel día hacían el hecho de respirar una maniobra dificultosa. Se sentó en uno de los bancos de hormigón que había dispuestos de tres en tres por todo el jardín y contempló una imagen que lo dejó sin aliento; una anciana mendicante cuyo aspecto físico dejaba mucho que desear, yacía entre dos troncos robustos. Aquel ser desvalido y escuálido parecía estar tiritando bajo la gruesa toca negra que la cubría de mala manera. ¿Cómo podían pasear enfermeros, médicos, pacientes, familiares, siquiera tranquilos esquivando con la mirada semejante sinrazón?

Ante tal injusticia Marc no dudó en levantarse, dirigirse hacia la pobre

anciana y ofrecerle lo único que poseía en aquellos momentos, algo de alimento para llevarse a la boca. La anciana alzó sus ojos enterrados en un mar de arrugas y su mirada bondadosa agradeció este gesto. Comenzó a devorar la baguette con ansia y Marc intuyó que tenía que marcharse para dejarla comer tranquila.

- Él la protegerá- masculló la anciana en un perfecto español.

Marc se giró para verla una vez más y asintió estupefacto a algo que no había entendido del todo. ¿Se habría referido a Dios? ¿Un Dios protegería a su Martha? Eso le pareció algo poco probable ya que sus creencias dejaron de responder hace muchos años a una deidad. Caminó en dirección al hospital en busca de algo de dinero necesario –pensó- para aquella misteriosa anciana y justo cuando llegó a la entrada oyó un disimulado ruido que le hizo pararse en seco. Volvió sobre sus pasos y no había rastro de la anciana; había desaparecido.

Martha, lugar desconocido

Me doy la vuelta y lo veo; es un chico joven, diría que tiene unos trece o catorce años. Su cabello corto rubio, sus grandes ojos azules, sus mejillas rosadas y su nariz respingona le dan un aspecto angelical. No sé por qué pero su presencia ha despertado algo en mi interior, me ha hecho sentir más segura en medio de este páramo.

- Sígueme, Martha, puedes confiar en mí, no temas. Te llevaré a un lugar más bonito que este- me dice ofreciéndome sus manos huesudas y abriendo un poco más sus ojos azulados, que se intensifican cuando dibuja una sonrisa en su rostro.

Decido coger su mano y caminamos en silencio por entre la neblina, que va desapareciendo poco a poco hasta que llegamos a un lugar que parece ser un pequeño oasis; a lo lejos distingo una cascada cuyo goteo sobre un lago cristalino conforma una melodía etérea. Todo el suelo está cubierto de flores que desprenden olores que me hacen abrir los pulmones e inspirar profundamente y sobre esta alfombra florida, cerca de la cascada, se alza una vasta cabaña de madera.

- ¿Es ahí donde vives?- pregunto al chico cuyo nombre desconozco y a posteriori, señalo la cabaña.

- No era muy difícil de adivinar, ¿no?- responde el chico con una risa pícaro. Y ahora me gustaría enseñarte algo.

Sigo sus pasos encaminados hacia el lago, y cuando hace ademán de agacharse y apoyarse sobre sus rodillas, lo imito.

- Observa atentamente- murmura el chico.

Al principio sólo contemplo mi reflejo y me pregunto si es una especie de broma y quiere que reconozca que soy la joven delgada y feúcha que se mira atentamente en aquellas aguas transparentes. Pero de repente, el lago, cuyo movimiento era casi imperceptible, comienza a rugir, a cambiar de color y de forma hasta convertirse en una especie de cine en cuatro dimensiones donde puedes sentir que estás presente en una realidad, pero sin dejar de ser un simple espectador. No doy crédito a lo que acabo de presenciar y miro al chico, que parece saber lo que está ocurriendo y que no aparta la vista ni un segundo. Me concentro y decido dejarme llevar.

Ante nosotros se despliega un escenario. Se trata de un callejón estrecho donde hay altos edificios, muy pegados los unos a los otros. Sólo una librería, que más bien parece un anticuario por su apariencia de madera desgastada y algunos cacharos colocados estratégicamente en la puerta, separa dos bloques de la calle. A lo lejos se escuchan unos pasos acelerados acompañados de palabras sueltas como «Eh, tú», «ricachón» «no te escapas» o «hoy te mato». Acto seguido aparece un grupo de niños, todos ellos semejantes en cuanto a indumentaria y aspecto, que corren tras otro mucho más pequeño con gafas grandes y redondas, repeinado y con un conjunto de tirantes. El chico se tropieza con una piedra y cae al suelo raspándose las rodillas. En ese momento la cuadrilla de “matones” aprovecha para propinarle una brutal paliza en la que no sobran golpes, patadas e insultos. De pronto, se abre bruscamente la puerta de la librería y los abusones salen corriendo. Una niña de unos nueve años se acerca al chico que está en el suelo malherido, lo coloca como puede en su espalda y con una fuerza impropia para su edad, se dirige nuevamente hacia la librería.

Un salto temporal, la imagen se desenfoca y una nueva estampa. Martha observa cómo los dos niños hacen un pacto de amistad, se sientan juntos en clase, cada paso, cada caída, juntos. Los dos se desarrollan a la par, primero una mirada que parece distinta a las otras, luego un baile de fin de curso donde, torpemente, descubren la magia del primer beso y tras una larga formación universitaria de él, tardes de trabajo de ella, pequeños viajes conjuntos y llamadas diarias repletas de palabras de amor, crecen. Por último, una lluvia de estrellas, una manta tricolor y una frase «Dime que me quieres». Y la inminente imagen se esfuma y otra vez el lago, la cabaña, las flores.

A Martha comenzó a darle todo vueltas, sentía que su cabeza dinamitaría de un momento a otro. Sus manos y sus pies, estaban adquiriendo una apariencia traslúcida, había comenzado a desintegrarse. Voy a morir sin saber quién soy, sola, sin recuerdos- sollozó Martha.

- No debes temer al morir, más bien al vivir. Y aun así, siempre es mejor tomárselo con calma. Puedes despertar siendo una persona completamente diferente, por ejemplo, una exitosa científica que sabe ocho idiomas diferentes a la perfección. Pero en tu caso, cuando llegue el momento, lo sabrás. Sólo busca aquí- pronunció el chico señalando el lado izquierdo de su pecho. Posteriormente se inclinó y premió a Martha con un beso en la frente. Se dirigió hacia la cabaña en cuya puerta había colgado un cartel de colores en el que se podía leer claramente «Charly».

Martha se desmayó y al abrir los ojos, se encontraba tendida en la cama de un hospital rodeada por dos médicos y sus padres. Buscó con su mirada desesperadamente a la persona que más amaba en la vida y lo encontró sentado en un sillón color crema con lágrimas en los ojos y una amplia dentadura blanca al descubierto.

Dos meses después Martha caminaba en dirección al altar. Andaba con cuidado para no pisarse el vestido de pequeños cristales que le hacía brillar más que nunca. Marc la esperaba unos metros más adelante. Figuritas de querubines labrados en mármol, flores naturales y corazones colgaban de los árboles, parecía que volaban sobre ellos.

- Hoy el cielo está de fiesta- pensó Martha.



MODALIDAD LOCAL

Primer Premio

DESTELLOS

Salvador Rivas Gálvez. **Antequera**



DESTELLOS

Salvador Rivas Gálvez

La claridad que perforaba la persiana dibujaba al carboncillo una silueta cónica, con la cúspide ligeramente redondeada. El cristalino del ojo izquierdo se acomodaba para enfocar la superficie rugosa, sobre la que se posaban las diminutas partículas de luz. La aureola sostenía el pezón erecto, que se erguía como un faro, acuchillando la penumbra y devolviendo los destellos a su origen. La mano izquierda sobre el pecho izquierdo de ella. El brazo derecho bloqueado bajo el peso del cuerpo. La cabeza apoyada en su hombro. El ojo derecho cegado por la cercanía. La sábana bosquejaba cercos de humedad.

Se desvanecía agosto. Para los dos era el último día del verano. El resto de la estación sería el lento declive de las jornadas calurosas, las noches robando furtivas cada vez más horas. Fran entreabrió la puerta y ella entró sigilosa, urgida por la necesidad de no ser vista, o puede que acuciada por el deseo. Tal vez confundiera ambas sensaciones, que el ritual comenzara con un cosquilleo en el estómago, más intenso conforme se acercaba a aquella casa, que el riesgo penetrara poderoso en su vientre y desatara la excitación que la llevaría directamente del zaguán a la cama. Eran tardes muy largas, con su calor angustioso y la luz afilada, la piel supurante. Tardes de apremiante inquietud, con el crepúsculo rasgado por profundas heridas.

Fran cerró la puerta sin ruido, por la espalda le rodeó la cintura con los brazos y subió las manos rápidamente hasta sus pechos. Mordió atropelladamente la nuca despejada, aspiró el olor del pelo recogido. Era el rito, los pasos medidos que conducían al dormitorio, los resortes que aceleraban la respiración. La ceremonia mediante la que ambos se convertían en carne, mezclaban la saliva, modelaban sus lenguas. Peregrinaban por el angosto pasillo, aprisionados entre las dos paredes como los dedos introducidos en la vagina, deslizándose por aquel túnel como el pene estimulado por la mano de la mujer. Llegaban a la segunda puerta entreabierta. Primero era la puerta de la calle, después la de la habitación bañada en claroscuros. La cama preparada con una escueta sábana destinada a la lavandería. La almohada ligeramente atravesada, con la que ella se cubriría la cara para sofocar una sucesión de gemidos. La almohada en cuya funda dejaría impresa durante unos minutos

su cara, su frente, los pómulos y la barbilla delimitando el arco facial. La nariz impertinente hendía clara su huella, y el leve rastro de sus ojos estaba destinado a ser el primero en perderse. Los labios entreabiertos. El rito culminado por un sudario milagrosamente perecedero, que continuaba por toda la cama con los pliegues de la sábana, una sucesión de ondas en movimiento que bien pudiera descifrar un acreditado cartógrafo: aquí las nalgas, ahí los talones, las rodillas superpuestas y las puntas de los dedos de los pies, el puño repentinamente cerrado es este ramillete, los codos removidos dejaron aquel sendero. Y la presencia húmeda en el aire, en el tejido, depositada en el suelo camino del cuarto de baño, contaminando la pintura del muro al apoyar la palma de la mano. Agua salada, agua amarga, agua ácida. Agua bendita.

“¿Pero en serio me estáis diciendo que son todos unos salvajes?”, preguntó alguien. No hubo un silencio sepulcral, porque los silencios sepulcrales resuenan una eternidad. Fue un silencio breve, seguido de otra voz que blandía una respuesta: “Pues sí”. Con qué facilidad brotaron aquellas dos palabras, la réplica que nadie se atreve a desnudar ante los demás. Pues sí. Y a renglón seguido, entre la decena de personas reunidas en el pequeño patio trasero del adosado, se desató una vaga sucesión de reparos. Pues sí, pero tampoco es eso, hay de todo como en cualquier sitio. Pues sí, las buenas personas existen allá donde vayas, no todo va a ser odio, violencia, rabia. Pues sí, también hay familias cultas, con la mente abierta, mujeres y niñas esmeradamente educadas. El sol se escondía, era el comienzo de un otoño amable y el aire refrescaba. Ella se levantó de la silla y recogió un par de platos con restos de comida. Miró a su marido, que le acercaba distraído una litrona vacía, y recordó que en la cocina la esperaba el móvil con un mensaje. Fran había vuelto de uno de sus viajes. ¿De negocios? No, el negocio no era suyo. Viajes de trabajo. Traficaba con una de las monedas más antiguas del mundo, casi tanto como el propio ser humano: el aceite de oliva. Era el responsable de las exportaciones de su empresa en el Magreb y Oriente Próximo. Mañana me llamará y yo acudiré como siempre, pensó. Pero no sería como siempre. Ya no la asfixiaba el miedo, que había sustituido por una desconfiada prudencia. Podía urdir con soltura un adecuado repertorio de embustes, y utilizar los recursos a su alcance para dejar a los niños a buen recaudo durante unas horas. Mamá, me he traído trabajo a casa, ¿podrías quedarte un rato con ellos? De paso que vas a por tu hijo al cumpleaños, ¿te importa recoger a los

míos y luego me acerco? Tengo que hacer unas compras. He quedado con una amiga de la infancia, voy a pasar el día con ella.

La estela del remordimiento se diluía conforme se desnudaba, y quedaba definitivamente evaporada entre sus piernas. Ella le explicaba sus truncadas aspiraciones de juventud, la preparación universitaria, su casi inconsciente camino hasta el matrimonio, las consecuencias de los dos partos... Detallaba las decisiones del pasado sin posible vuelta atrás, las que no debieron ser y las que otros tomaron en su lugar. Esperaba el momento de decidir por y para sí misma. Trabajaba en una oficina municipal, poniendo sellos en solicitudes de licencias de obras. Si todo hubiera seguido su curso natural, ahora estaría muy lejos de allí. Una licenciatura en Derecho, un máster sobre Ordenamiento Jurídico Europeo y el dominio del francés, el inglés y el alemán, la hicieron soñar. Recorrió medio continente para perfeccionar los idiomas. Se sintió a sus anchas. Pero algo ocurrió en aquellas oposiciones al Cuerpo Diplomático que eran el paso definitivo para asaltar el mundo. El último día, en la última prueba, aquel papel en blanco permaneció intacto mientras su cabeza se agrietaba bajo un dolor insoportable. Se mantuvo perpleja durante mucho tiempo, desorientada y confusa. En aquellos meses volvió la tutela que creyó haber dejado atrás. Tu sitio está en tu ciudad, con tu familia, tu novio y tus amigos, escuchó. Deja ya de dar vueltas, has visto muchas cosas, más que la mayoría de la gente, ha llegado el momento que siempre hemos deseado para ti. Y se vio recorriendo las descarnadas habitaciones del adosado, mientras todos susurraban lo bien situado que estaba, la amplitud, la luz natural que alegraba cualquier rincón. Por el dinero no te preocupes, cada familia pone su parte, ya nos lo devolveréis. Se asomó al balcón, con las manos cruzadas en el regazo, contempló las calles y el lugar al que conducían. Sosteniendo el ramo de flores, vestida de blanco, con las manos cruzadas en el regazo, pronunció tres meses después aquel "Sí, quiero". Dos palabras muchas veces repetidas, trasladadas por el eco hasta el último banco de la iglesia. El jolgorio, el griterío, el baile en la celebración. Dos palabras en el eco, listas para concebir. Llegó el primer hijo con un pan debajo del brazo, el trabajo en el Ayuntamiento; pronto el otro niño con el último eslabón, las complicaciones, las largas semanas de hospital. Pensó que no saldría viva de allí, pero al fin le dieron el alta. Aunque bien pensado nunca volvió a sentirse bien. A veces, cuando volvía a casa desde la oficina, se cruzaba con algunos turistas, y entre las tres campanadas

que marcaban la hora descifraba sus conversaciones, situaba sus acentos, imaginaba el clima y las urbes a las que pronto regresarían.

Un día tropezó con Fran en una esquina. Hacía mucho que no se veían, desde el instituto. Ella marchó a la Universidad. Él se hizo cargo poco a poco de los olivos de las fincas de sus padres y entró de administrativo en la cooperativa, que ya se había expandido lo suficiente como para sobrepasar los límites de varias provincias. Siempre fue un chico inteligente, se le daban bien los idiomas y sólo era cuestión de tiempo que progresara adecuadamente en la empresa. Quedaron en tomarse un café para ponerse al día, y necesitaron unas cuantas tazas repartidas en fechas consecutivas. Fran era divertido, la hacía sonreír, le contaba sus viajes como si su propósito fuera descubrir las fuentes del Nilo. Le habló de Damasco antes de la guerra, sus calles alegres y coloridas, los mercados, las tiendas que permanecían abiertas día y noche, el convento de Santa Tecla, la mezquita omeya, el Palacio de Azm. Musulmanes que felicitaban la Navidad a los cristianos y cristianos que felicitaban el Ramadán a los musulmanes. Le habló de Tánger, su bullicio, la espléndida bahía y la efervescencia cultural: los festivales de cine, de jazz, de música bereber... Su laberíntica medina, los anocheceres paseando por la calle México y el té muy caliente en el Café Hafa, siempre a punto de despeñarse colina abajo para precipitarse en el mar. Le habló de tantos sitios que el mundo parecía derramarse. Convirtió las palabras en un pincel y le dibujó los ambientes, las luces crepusculares y las que estallaban al amanecer. Hizo brotar entre sus manos los olores de las especias, el tacto de la lana y el estruendo del caos.

Pues sí. Te bajas de un avión y parece que han mezclado el pasado de tus abuelos con fragmentos de un siglo XXI que ha reventado en pedazos. Claro que hay miseria, y violencia, y odio, y rabia. Claro que hay barbaridades diarias contra las mujeres. Pero yo no juzgo, decía. Tan sólo observo y veo personas que intentan ganarse la vida, veo comercios e industrias con camino por recorrer. Veo injusticias y también recompensas para virtudes que nosotros olvidamos hace mucho tiempo. Veo gente feliz y gente que sufre. Como en cualquier sitio en el que estés de paso. Ya tenemos bastantes jefazos encargados de arreglar el planeta, deja que yo disfrute mi trabajo en un pedacito de él. Cambiaba de tema y ella dejaba que le contagiara su optimismo, su falta de prejuicios, el impulso de explorar y conocer.

La felicidad es un café humeante manchado de crema en la candente superficie. Cada sorbo contenía las ilusiones recobradas, las expectativas apiñadas de cualquier manera en el rincón más oscuro de un polvoriento armario. El último sorbo descubría la taza vacía, las gotas ya tibias de un líquido oscuro resbalando lentamente por la pulida superficie de la loza. Y tras el café el camino de vuelta, la visita al supermercado, se acabaron los cereales que le gustan al pequeño, le llevará pizza barbacoa al mayor, patatas fritas para todos. Entrará en casa con una bolsa en cada mano, los niños correrán a descubrir si lleva golosinas, y ese personaje infantil con el que se casó se mantendrá muy concentrado en la repetición de la última jugada, atrapada en cincuenta espléndidas pulgadas. ¿Cenamos? Sí, ya... ¿Me ayudas? Ahora, ahora... ¿Vienes? Voy, voy, un momento... Y ella cena sola con los críos, los baña, los acuesta, es que ha habido prórroga, me he tomado unas cervezas con panchitos y es que ya no tengo hambre, ¿me has traído la espuma de afeitar? Ven ahora a ver la película, si es que no te quedas dormida, yo no te la voy a contar luego. El lavavajillas tose y después parece susurrarle que estaría mejor con Fran, que no es una fantasía irse lejos, rehacerse, probar de nuevo. Que bajo el camisón su piel se tensa y lo echa de menos. Estoy cansada, sube conmigo y leemos. Oh, en lo mejor de la película, espera, tardo diez minutos. No es una mala persona, se dice, pero si desaparece ahora mismo tendría que pensar mucho si eso cambiará alguna rutina de mi vida.

La psicóloga frunció el ceño y preguntó: “¿La felicidad es un café?” Quiso probar una temporada. A escondidas. Ya trapiqueará para disimular el gasto. Quien se encarga de las cuentas es ella. Necesitaba hablar con alguien, aunque tuviera que pagarle. La felicidad es no tener miedo. Le cuenta que la semana pasada quiso merendar fuera con los niños, buscaron una heladería. No había mucha gente en la terraza y allí, solitario, destacaba aquel muchacho. Tenía barba y el pelo muy corto. Era moreno, fuerte, bien parecido, muy joven, muy guapo. Tenía sobre la mesa un batido de considerable tamaño, con la pajita bailando en el líquido cremoso, a medio consumir. El muchacho no se dio cuenta de que se acercaba con disimulo, quería verle bien los ojos, pero leía atentamente un libro con las tapas cubiertas por un forro negro. Y entonces lo descubrió. Lucía un tatuaje en la parte izquierda del cuello, una sucesión de símbolos extraños que atrajeron su mirada y la hicieron detenerse varios segundos. Parecen caracteres árabes, no, no lo son, sí es árabe, no sé... Vio

la mochila del joven bajo la mesa, junto a sus pies, y se preguntó qué hacía un individuo de aspecto sospechoso, solitario, leyendo un extraño libro en la terraza de una heladería, tomando un batido. ¡Si al menos fuera una cerveza! ¿Qué había en aquella mochila? Se fue de allí arrastrando las protestas de los niños, alejándose al trote de la llamada funesta del destino. Cinco calles más tarde se sintió aliviada y, tal vez, sorprendida: no había oído ninguna explosión, ni siquiera una sucesión de detonaciones apagadas. La felicidad es saberse viva.

¿Pero tú estás loca o qué? Su marido gritaba la pregunta con el ceño fruncido y mostrando las palmas de las manos. Adelantaba los hombros y encogía el cuello. Tenía un aspecto cómico que le arrancó una carcajada, a ella, casi ahogada por las lágrimas, y lo enfureció aún más. ¿Pero qué coño te pasa? ¡No hay quien te entienda! Me voy a recoger a los niños, ya deben de haber terminado en el comedor del colegio. Él salió de la cocina dando un portazo. La había seguido hasta allí cuando se levantó en pleno almuerzo, sollozando. Empezaba el telediario, con su rítmica sintonía. Pon algo más alegre, le pidió, es un desastre detrás de otro. Venga ya, es el único rato que tengo para ver las noticias, luego tú te pones a ver los culebrones y yo no digo nada. La sintonía bajó a segundo plano, comenzó la ronda de titulares y el corresponsal en Londres recitó la entradilla de su conexión en directo. Tras él se atisbaban las barreras policiales, los bobbies con su ridículo casco y sus chalecos reflectantes; los chalecos antibalas, los fusiles de asalto y las boinas negras de los agentes de los grupos especiales. Fue entonces cuando no pudo contener las lágrimas y escapó a la cocina. Lo que su marido no sabía es que el llanto abarcaba cada vez más momentos del día. Cuando aliñaba la ensalada. Al reparar en el ronroneo de un avión volando veloz a miles de metros de altura. Empuñando el cuchillo para cortar el pan.

Un malestar incontrolable que empezó dos semanas atrás. Fran volvía de Londres a primera hora de la mañana. Había pasado unos días con su hermano, enfermero del London Bridge Hospital, situado en Tooley Street. Ella ponía un sello tras otro en su oficina, archivaba papeles, informaba de los trámites engorrosos y miraba de reojo el teléfono móvil, dispuesto a recibir su mensaje en modo vibración. Lo comprobó varias veces, pero únicamente encontró un par de twits con vociferantes consignas contra los inmigrantes,

un wasap de su marido avisando de que no iría a comer y una llamada perdida de un número desconocido. Llegó a casa y calculó que a las cuatro recogería a sus hijos. Pasó por la plancha un filete de pollo y condimentó la ensalada. Se sentó ante la tele, cortó el filete con el cuchillo afilado y empezó a comer. Las noticias eran un monográfico sobre el atentado terrorista en Southwork, un barrio londinense del que nunca había oído hablar, aquella madrugada. Miraba distraídamente el trasiego de ambulancias, manchas de sangre sobre el pavimento, carreras despavoridas y policías con el rostro desencajado. Apenas si prestaba atención al abejorreo de los comentarios. Si Fran no la avisaba en cinco minutos daba por perdida la tarde, ya no podría organizarse con los niños. Habrá que esperar, Dios sabe cuánto. La pantalla del televisor cambió de escena con un fogonazo y ella quedó hipnotizada. Le fue imposible apartar la vista. Eran las imágenes de una cámara de seguridad en una calle en penumbra, en la que la luz amarillenta de las farolas se desintegraba antes de llegar al suelo. Se veían cristalerías de restaurantes y de pubs, algunas rotas. Sillas por los suelos, mesas descolocadas. Un hombre ocupó el centro de la escena, miró a su alrededor y pareció dudar. Aunque no se distinguían sus facciones, la manera de andar le era completamente familiar. Vestía una cazadora motera de líneas claras y limpias, ajustada a la cintura. Se la había regalado ella. Aparecieron de repente dos siluetas oscuras que llevaban algo en las manos, algo brillante, que producía destellos en la lente. Los destellos se balancearon de atrás hacia adelante una vez, dos, tres, puede que cuatro. Las sombras siguieron su camino y un bulto quedó inmóvil sobre la calzada. Ella vomitó en el baño cuanto tenía en el estómago, vomitó los temblores y el pánico, la desesperación. Es él, es él, me lo han matado. No te precipites, puede ser cualquiera, no se ve claro. Es él.

Guardar su luto es guardar las formas. Lo guarda en el mismo lugar que sus caricias, lejos del alcance de cualquier persona. Guardar su luto es guardar el mismo secreto, ocultar que Fran deja viuda a la mujer de otro, convencerse de que se ha muerto y ella no debe llorar. ¿Pero tú estás loca o qué? No quiero llorar, nunca he llorado, qué van a pensar. Ella habla sin parar y la psicóloga no dice nada. Eran ingleses, ¿sabes? Ingleses morenos, bueno. Habían nacido allí, se habían educado allí. Crecieron y maduraron entre ingleses. Recorre medio mundo envuelto en llamas para que lo maten en Londres unos ingleses que ni ellos mismos saben que lo son. Procuro rescatar los recuerdos agradables,

¿sabes? Lo que me contó de tantas y tantas ciudades, de la gente, de las sensaciones. A veces imagino Damasco. La de antes de la guerra, claro. Me la imagino tal y como él me la describió. Pero de pronto despierto como de un sueño y estoy mirando la tele, y las ruinas cubren la pantalla. Están hablando de cualquier lugar, pero me da igual.

Entonces sé que Damasco ya no existe.

Dime que me quieres



MODALIDAD LOCAL

Finalistas

CRISTÓBAL

Teresa Muñoz Benítez. **Benálmadena**

LA NADA ESTÉRIL

María José Amador Montaña. **Antequera**

BILBAO

Yohana Anaya Ruiz. **Málaga**

SEGURO QUE PUEDE USTED IMAGINARSE CUÁNTO

Raúl Martínez Florido. **Málaga**



CRISTÓBAL

Teresa Muñoz Benítez

Empezaba ya a oscurecer. Las calles, poco a poco, iban quedando desiertas, no tanto por la cercanía de la noche como por el intenso frío de aquel invierno despiadado. Pero yo no tenía prisa por recogerme. Nadie me esperaba en casa. Iba bien abrigada y no me molestaba el viento helado en la cara. Muy al contrario, la brisa salada que llegaba del mar era, como siempre había sido para mí, una bocanada de vida que me animaba a seguir caminando. Había llegado ya a ese tiempo en el que no tenía que ocuparme de nadie. Cierto es que muy tarde, porque durante toda mi vida tuve que hacerlo. Ya sabía yo que me haría vieja cuidando, y que al final, si no moría en el camino, solo me quedarían paseos relajados por mi ciudad, con la única compañía de esa sempiterna soledad que se me adosó a la piel desde jovencita con la intención de no abandonarme nunca. Aprendí a vivir con ella. Tuve años, décadas, para acostumbrarme a mi más fiel amiga. Reconozco que al mismo tiempo que aprendía a quererla, aprendí a quererme a mí misma y a disfrutar de lo que me había tocado en suerte. Por eso llevo tan bien esto de pasear sola, de mirar la vida sola. Y ahora, cuando me he hecho tan vieja como para pasar desapercibida entre la gente, como una más entre todos los viejos que siempre pasean solos, a los que nadie mira, a los que nadie ve, ahora, digo, me encanta ser yo y estar aquí para poder mirar desde mis zapatitos bajos.

Da igual que un día fueses una mujer hermosa que levantara pasiones por las calles; da igual que un día los hombres te siguieran en tu andar y te deseasen con la mirada; da igual que un día hubieses sido un hombre atractivo, interesante, elegante, que hiciera a las mujeres que se cruzaban contigo soñar con ser tus mujeres, cogerse de tu brazo para pasar ante la mirada envidiosa de todas o meterse en tu cama para disfrutar de tu bello cuerpo. La vejez viene a destruir ese tiempo, viene a convertirte en un ser incorpóreo para el resto del mundo. La gente puede cruzarse contigo, rozar tu hombro, tropezar frente a frente con tus ojos en un semáforo, pero no puede verte. Y después de todo, mejor ser invisible que ser un estorbo. Casi tengo que estar agradecida porque cuánto peor sería ser una vieja molesta a la que todos desean la muerte, a escondidas, para quitarse un lastre de encima.

La tarde había dejado ya de ser tarde y todo era ya sombra de la noche. Pero yo seguía paseando lentamente, como corresponde a una señora mayor. Me encontraba ya en ese punto de la vida en el que correr para llegar a ninguna parte había dejado de tener sentido, ese aciago momento en el que desaparecen los sueños porque no hay más futuro que la muerte codiciosa que se acerca con sigilo, oliendo a su presa desde el otro lado de la orilla. El tiempo de la vida en el que sabes que lo que hayas amado y te hayan amado hasta ese día era el cupo que había reservado para ti en esta tierra.

Los corazones de los viejos están cansados. Cansados de dar, de entregarse, de amar y desamar. Están ya como muertos, incapaces de sentir una brizna de aire fresco. Cerrados a cal y canto, guardando solo el recuerdo del amor que pudieron arañar a la vida, unos más, otros menos. Y los cuerpos... ¡qué decir de los cuerpos! Si los corazones ya están cerrados, los cuerpos están casi podridos. La piel se ha vuelto rugosa y frágil como un pergamino antiguo, reseca y árida, manchada y fofa. Las piernas que un día fueron hermosas y firmes, posadas sobre unos zapatos de tacón que estilizaban una figura delgada, suave y atractiva, son ahora palillos sin forma, sin fuerza casi para sujetar unos huesos encogidos. Los cuerpos de los viejos son los envases de almas desgraciadas que, al mirarse en los espejos, se ven prisioneras en cárceles de piel malolientes, enfermas.

Es triste andar por la ciudad, libre al fin de preocupaciones mundanas, sumergida la mente en un cenagoso y oscuro mar de pensamientos. Yo sabía, desde que tenía veinte años y se me torció la vida, que pasearía mi cuerpo delgaducho y cansado por calles tan solitarias como yo misma. No me equivocaba. Yo conocía mi destino. Llámalo premonición, intuición, videncia... Llámalo como quieras. Siempre vi a esta mujer así, como iba esa noche por la calle. La veía y ya me compadecía de ella mucho antes de que llegara a este presente. Juro que intenté a lo largo de la vida darle otro final. Luché contra su soledad, pero siempre supe que tendría que pedirle perdón un día por no haber sabido hacerlo bien, por haberla traído a esta vejez, del mismo modo que cuando era una mujer joven siempre pedía perdón a la niña que fui por no haber cumplido ninguno de sus sueños. En definitiva, soy un presente patético, consecuencia de un pasado desacertado; soy una señora de la "tercera edad" que se ha portado muy mal con las mujeres que han habitado en su cuerpo.

¿Cuándo supe que era una vieja? La mañana en la que me levanté y sentí que ya no esperaba nada de la vida, que no anhelaba nada, que no me quedaban ilusiones; ni tiempo para cumplir sueños, ni deseos de soñar, ni la esperanza de que un día todo fuese diferente, la preciosa máxima que desde mi adolescencia me había repetido cada amanecer mientras tuve fuerzas para luchar.

Llevaba ya mucho tiempo paseando. Me adentraba en las calles más céntricas de la ciudad al tiempo que me adentraba en tan horribles pensamientos. No sé si los trajo a mí el aire fresco de la noche invernal o quizás el aire gélido del alma. Como era ya hora de cenar y no me apetecía nada comer sola frente a la televisión, decidí sentarme en una de las preciosas terrazas forradas de toldos y con estufitas que poblaban mi bella ciudad mediterránea durante el invierno. En el transcurso de los años había aprendido a disfrutar de momentos como aquel, que tanto sosiego y paz me regalaban. Sonreí al comprobar que en todas las mesas se tapeaba, se charlaba y se reía, guarecidos los cuerpos del frío bajo aquellos toldos. Esta es una cualidad de la gente del sur: la vida en la calle. La gente ama la calle. Miré aquellas mesas abarrotadas de vida y recordé con nostalgia noches antiguas en esas terrazas, entre amigos y compañeros de trabajo. Volví a ver aquellas interminables veladas en grata compañía. Éramos jóvenes.

Pedí una copa de vino y unas tapitas. Y cuando empezaba a paladear aquel sabroso Ribera, uno de los pocos placeres que me había perdonado la vida, llegó un señor y se sentó en la mesa de al lado. Venía muy bien vestido, y ¡oh milagro!: tenía pelo. Lo más habitual era dejar por el camino de la edad la fuerza del cabello también, pero aquel señor era viejo y conservaba su precioso cabello rizado, tornado ahora en una esponjosa nube de algodón. Apenas lo miré. No quise ser grosera ni descarada, primera razón. Y no tenía ningún interés en mirar a un viejo, segunda razón. Nunca me han gustado. Ya sé que esto puede parecer tan ridículo como yo misma: una vieja a la que no le gustan los viejos.

Seguí con mi vino. Él tampoco me dirigió la mirada. Y si lo hizo, no me di cuenta. No me importaba lo más mínimo. Era solo otro desecho humano, marchito y solitario. Como yo.

Llamó al camarero con amabilidad, y entonces escuché su voz.

Me quedé paralizada con la copa en la mano, a medio camino entre la mesa y mi boca, como si me hubiera dado un pasmo, como si la mismísima Medusa hubiese resucitado petrificando ahora a sus víctimas con la voz y no ya con la mirada.

Aquella voz no era nueva ni desconocida. Era una voz que yo había escuchado ya en algún momento de mi vida, tan lejano que se me antojaba de una vida anterior. Levanté la cabeza y ahora sí, lo miré con descaro, fijamente. Era él. Tenía ante mí a un viejo elegante que se había comido al niño de pelo negro y rizado que fue mi amigo de la infancia, allá en nuestro pueblo olvidado. Era un viejo al que yo había conocido cuando era un chaval. Era mi primer amigo, mi primer amor, mi primer novio, aquel muchacho que bebía los vientos por mí y del que presumí tanto mostrando sus fotos a mis compañeras, cuando llegaban en cartas cargadas de palabras de amor sincero, puro e inocente, al lúgubre internado de monjas en el que dejé encerradas mi infancia y parte de mi juventud. El gran amigo que me esperaba cada verano para dar largos paseos por el campo que rodeaba nuestro pueblo, aquel precioso campo vestido de naranjos que fue testigo de los primeros besos, las primeras caricias, los primeros descubrimientos de la carne, los primeros temblores del deseo; el aprendiz de hombre que me enviaba fotos desde la mili, sujetando con sus manos folios en los que escribía que me quería, en pueriles arrebatos de romanticismo. Aquel niño que creció conmigo, que se enamoró de mí desde que éramos unos críos, con el que podía mantener conversaciones eternas mientras viajábamos en el autobús a la ciudad cada mañana, camino de la universidad, y al que un día, por un zarpazo fatal del destino que me obligó a cambiar el rumbo de mi existencia, perdí para siempre. Con él conocí el amor auténtico, por eso sé lo que es. Nunca más lo sentí. Lo quise mucho, mucho, y él me quiso aún más. Pocas certezas tengo. Esa es una de ellas.

Tuve que casarme con otro del que, dicho sea de paso, nunca estuve enamorada. Me marché del pueblo. Sé que aquello lo destrozó. Al poco tiempo él se casó con otra mujer, a la que nunca supe si había amado o no. Siempre he querido pensar, en un impulso egoísta de amor propio, o quizás porque lo he necesitado, que nunca la amó como a mí. Hacía muchos años

que no sabía nada de él. Y ahora estaba allí, sentado en la mesa de al lado, en una terraza, en pleno invierno, solo.

Por un momento, pensé que era una alucinación provocada tal vez por dos sorbos de vino. Pero no. Lo miré y remiré y le vi. Era él. Tal vez ya no le quedaba nada de aquel muchacho enamorado, tal vez ahora era un viejo resentido y triste. Pero no podía dejar pasar la oportunidad que la vida me brindaba de volver a hablarle, de volver a mirarlo a los ojos, de volver a escucharlo. Por eso le hablé.

Cuando él me miró, su rostro se iluminó como cuando era un chiquillo y me veía llegar de aquel lejano colegio. Nos sentamos juntos, compartimos mesa y vino. Charlamos tranquilamente, durante horas, como si no hubiesen pasado mil años. Sin prisas, sin remordimientos, sin miedos. Hablamos de nuestras vidas, pero eso carece de importancia. Da igual lo que hubiésemos vivido, da igual cómo hubiésemos vivido. Esa fría noche de invierno se transformó de repente en una noche cálida donde solo existía la que había sido nuestra vida en común hasta que el destino nos separó, y que, haciendo un doloroso repaso, tal vez había sido la parte más feliz de nuestra existencia. Ya ni nos hacía falta el calor de la estufa que nos calentaba en aquella terraza. El vino, nuestras miradas y nuestras palabras calentaron el invierno. Sea como fuere, sin importar cómo ni por qué, los dos estábamos solos... y juntos.

Éramos viejos, sí, pero al mirarnos, nos reconocimos como quienes fuimos, y dejamos de vernos viejos. Él y yo, los mismos de siempre, los chiquillos que paseaban cogidos de la mano por nuestros prados de adolescencia, sintiéndonos invencibles y dueños del tiempo. Los mismos ojos, los mismos cuerpos, los mismos rostros jóvenes. Nosotros...

Comprendí entonces que mi corazón no estaba muerto, porque le bastó abrir el cajón que encerraba el amor guardado para volver a latir con alegría, y él comprendió que tenía delante a la mujer que siempre había amado, aunque se lo hubiese negado a sí mismo para seguir respirando.

Entonces pude entender a la vida, perdonarla por tanto castigo, por tanto dolor y tanta soledad. Confirmé que era caprichosa, muy caprichosa, y

me había guardado para mi vejez el amor más sincero que había existido en mi larga travesía por los caminos del desamor.

La sensación de haber desperdiciado una vida cuando ésta va llegando a su fin es espantosa. El peor de los descubrimientos. De pronto tienes conciencia de que la meta está próxima, de que tu cuerpo ya no es ni un reflejo del hermoso cuerpo que te regaló la juventud. Y ahora, cuando tú misma no puedes soportar tu propio olor a vejez, llega él, el primer amor, el amor más tierno, el amor que huele a margaritas del campo y a piel adolescente, y te quieres morir de la rabia, de la ira, del enfado con la vida. Y entonces quisieras volver a tener quince, veinte años, para gobernar tu tiempo, para tomar el timón de tu barco, para girar el rumbo y corregir los errores cometidos. Quisieras tanto...y tanto, cuando parecías no querer nada ya...

De pronto, te ves rebuscando entre montones de fotos aquella en la que aparecéis los dos, sonrientes y felices, y le ruegas al tiempo que te permita volver atrás, porque cuando ves su rostro puedes ver los ojos del único hombre que tal vez te amó de verdad, que tal vez conoció tu esencia y se enamoró de quien eres. El hombre al que era tan fácil amar que te impidió comprender por qué otros amores fueron carreras de obstáculos. Te pides perdón a ti misma por tus errores, por haberte equivocado tanto, por no haber sabido conservarlo, por no haber cuidado aquel amor, por haber malgastado tantos amaneceres sin él.

Esa noche, después de aquella cena compartida en la más absoluta perplejidad y el más absoluto agradecimiento al destino, camino de mi casa, le pedí a la vida que me devolviera el tiempo que nos pertenecía para regalárselo a él, para decirle cuánto lo he querido en la distancia, en el silencio, cuánto lo he echado de menos, tantas veces, tantos días. Y le pedí que me devolviera algo de mi juventud para que él pudiera volver a verme como su niña amada, para que él quisiera devolverme algún instante de amor de aquellos que tanto me profesó, para morir al menos con la certeza de que alguien me había amado alguna vez. Él caminaba a mi lado, acompañándome a casa. Lo miré y sentí en lo más hondo una profunda felicidad. No paseaba sola.

Al llegar a mi portal, me detuve frente a él, enredé sus manos entre las mías, lo miré a los ojos y fui capaz de pronunciar las palabras que siempre viajaron conmigo por el penoso camino de mi existencia como un gran y prohibido secreto:

- Te quise, te quiero, siempre te he querido, Cristóbal. En los peores momentos de mi vida, tu nombre ha venido a mis labios. Nunca te has ido, siempre has estado. Jamás quise perturbar tu vida, pero he deseado tantas veces sentir tus abrazos, escuchar tu voz. He pronunciado tantas veces tu nombre en la soledad del llanto...

- Lo sé. Siempre lo he sabido. Te escuchaba en mis sueños.

Cuando él habló, el olor a viejo desapareció para siempre.

LA NADA ESTÉRIL

María José Amador Montaña

-I-

Rita abrió los ojos y el amanecer se le vino encima.

Afuera, los pájaros se desperezaban con alboroto de la larga noche mientras ella notaba crecer un poco más su odio hacia aquel escándalo que se repetía invariablemente todas las mañana. No hacía falta que los viera para imaginarlos trazando elipses por el cielo. Trinando y aleteando, jugueteando unos con otros como si fueran los malditos anunciadores de cada nuevo día. Afuera era primavera y a Rita le importaba un bledo.

Con la vista clavada en el techo, lamentó no haber permanecido unos minutos más en la inconsciencia que le proporcionaba el sueño pero, al parecer, su cerebro no necesitaba más de cinco o seis horas de recarga para volver a martirizarla.

Se retiró la mascarilla un instante para aliviar la presión de las gomillas en su cara y anotó mentalmente que tenía que recordarle a su madre que no volviera a comprar las de esa marca. Tendida en la cama, permaneció inmóvil unos minutos, mientras buscaba el impulso necesario para incorporarse y caminar.

Frente a la ventana, en un escritorio blanco, las señales de su vida eran boyas suspendidas en un mar en calma: El sol naciente de la luz del ordenador siempre parpadeante, las cajas de medicamentos apiladas formando atolones que nunca serían coralinos, folios blancos con esbozos de dibujos de olas sin espuma, de playas asfaltadas...

Rita se acercó y se detuvo a mirar el exterior. Se extrañó de no ver movimiento alguno en las parcelas de sus vecinos hasta que recordó que era domingo. La suya era una de las escasas viviendas construidas en aquella zona, la mayoría con setos frondosos que cercaban construcciones de modernos diseños en hormigón y pizarra blanca. Unas y otras, estaban

separadas por tierras de labor lo que hacía que todos los días, desde primera hora, se viera una actividad agrícola constante. Durante un tiempo, Rita tuvo como entretenimiento espiar a sus vecinos. Llevaba una hoja de seguimiento de sus rutinas y horarios, inventaba sus nombres o personalidad y construía una historia alrededor de ellos. Fue divertido durante un tiempo. Después ya no.

El ordenador centelleó anunciando una video llamada por Skype. Su hermana apareció cepillándose los dientes en la pantalla:

- ¿Podrías esperar para hacer esas cosas, no?- dijo Rita a modo de saludo.
- No puedo, no tengo tiempo- contestó su hermana sin dejar de cepillarse- ¿Qué, cómo estás hoy?
- Pues...igual de jodida que ayer, supongo- contestó quitándose la mascarilla.
- Vuelve a ponértela. Parece que lo haces queriendo... Mamá me ha dicho que te diga que no puede llamarte. Quiere ir esta tarde y que me digas si necesitas algo.
- ¿Y por qué no me lo ha podido preguntar ella?
- Rita, hoy es el cumpleaños de la peque.
- Ah, es verdad... Lo había olvidado.
- No pasa nada- contestó- tampoco es que a nosotros nos guste recordarte estas cosas.
- Y no le he comprado...
- No te preocupes, de verdad, estás perdonada.
- Pero mi única sobrina no puede cumplir ocho años y no recibir un regalo de su tía Pompa... Hoy mismo le encargo algo y que se lo lleven a casa. Perdona, de nuevo.

- Bueno, como quieras... Te dejo que tengo mucha prisa. Luego hablamos.

Rita escuchó el silencio dejado por la despedida y dijo adiós a sabiendas de que nadie la escuchaba ya. La vida se cerró de nuevo cuando la pantalla se apagó sin que ella sintiera algo que no fuera esa nada que la habitaba y en la que habitaba.

Afuera era primavera y ella sólo tenía que decidir el color del plato que usaría para desayunar las mismas tostadas biológicas de cada día.

Afuera los pájaros trinaban trazando elipses por el cielo y Rita, tras coger varias cajas de pastillas, arrastró sin prisa sus pies hasta la cocina.

-II-

Presionó el botón del interfono mientras revisaba los folios que llevaba en la carpeta. Al cabo de unos segundos sin obtener respuesta, miró la hora para asegurarse de que no era inadecuada y volvió a llamar, inspeccionando la vivienda a través de las filigranas del portón de hierro buscando signos de vida. Fantástico- pensó Antonio con fastidio- un valioso domingo de pesca desperdiciado y si no resolvía aquel formalismo para mañana ya podía por dar arruinada toda la semana.

Observó que las persianas estaban subidas y creyó ver una silueta moviéndose en el interior por lo que continuó haciendo varias llamadas intermitentes por si acaso aquel chisme no funcionaba correctamente.

Ya estaba a punto de marcharse por el mismo camino de grava que le había traído hasta allí, cuando con sorpresa escuchó a sus espaldas la vibración del mecanismo que desbloqueaba la puerta.

Antonio se sintió esperanzado bajo aquel limpio cielo de abril y empujó con determinación el portalón forjado recorriendo, por primera vez, la vereda de losetas de piedra que conducía a la vivienda.

Cuando llegó hasta la casa, una mujer con un pantalón de chándal y

una sudadera blanca le esperaba inmóvil tras la puerta de cristal de la entrada. Llevaba el pelo recogido en un moño alto y una mascarilla en la cara por lo que no pudo apreciar si el ánimo podía ser propicio para su objetivo.

Saludó con la mano buscando encontrar algo de complicidad pero la mujer no movió un músculo.

- ¿Qué quiere?- preguntó antes de que él alcanzara los tres escalones del porche.

- Ah, buenos días, sí- titubeó por el agrio recibimiento- Vengo de la compañía telefónica- dijo enseñando la credencial con su nombre y sello de la empresa- Soy el encargado de la colocación de la fibra óptica y el viernes mis trabajadores debieron pedirle autorización... – continuó ascendiendo los escalones y acortando la distancia con mujer.

- ¡Párese!- dijo ella de pronto- No siga más.

- ¿Cómo? – preguntó desconcertado- ¿No quiere que le siga contando?

- No, lo que quiero es que no se acerque más.

- Ah, bien, vale, tranquila- respondió alarmado mientras enseñaba las manos como cuando en las películas la policía daba el alto- No quiere que me acerque, comprendo...

- Usted no comprende nada... Antonio- Rita se esforzó por leer el nombre en su identificación a pesar de la distancia- No puede acercarse no porque yo sea la loca del día o dude de sus intenciones sino porque sufro el Síndrome de Activación Mastocitaria, que quiere decir más o menos que tengo alergia a todo y a todos y el simple contacto con su aftershave puede matarme.

- Perdón...- musitó Antonio confuso.

- ¿Y ahora por qué me pide perdón?- dijo sonriendo Rita quitándose la incómoda mascarilla.- Usted no ha tenido nada que ver con lo que me pasa...

¿O sí, Antonio? ¿Ha tenido usted algo que ver en todo esto?

Cuando se quitó la mascarilla, Antonio pudo descubrir que la nariz era pequeña y algo levantada en la punta lo que acentuaba su lavado rostro infantil de óvalo redondo y elevados pómulos. Tenía unos ojos marrones con espesas pestañas que oscilaban irisando su color en cada pestañeo y una boca grande y perfectamente dibujada con unos labios rosados y carnosos que decía cosas mientras sonreía.

Así recuerda Antonio la primera vez que, bajo un limpio cielo de abril, vio a Rita por primera vez.

- No, yo sólo siento mucho lo que le ocurre... Yo, no sé, imagino que... ¿Entonces qué es...? ¿No puede tener contacto con nadie?... ¿Vive aquí...? ¿Sola?

- Sí. Sola- contestó Rita sin risa alguna ya.

Se miraron a través del cristal que los separaba unos segundos más hasta que el silencio que contenía todas las preguntas que querían hacerse y no se harían, se convirtió en una presencia incómoda.

- Entonces... ¿cómo lo hacemos?- consiguió decir Antonio.

- ¿Hacer el qué?- preguntó Rita sin dejar de mirarlo.

- La autorización para utilizar sus muros exteriores... Lo de la fibra óptica...-aclaró sin despegar sus ojos de ella.

- Ah, llame a mi padre- le pasó el número- él se encargará.

- De acuerdo. Bueno, pues adiós.- dijo Antonio sin moverse.

- Adiós- repitió Rita sin moverse tampoco.

Antonio se giró con el corazón encogido mientras las baldosas de piedra iban contando los pasos que le alejaban.

- ¡Y gracias!- dijo en un último grito antes de volverse y perderla enmarcada en aquella puerta de cristal que la exponía, trágicamente, en todo su esplendor.

-III-

Ella no podía permitirse algo así. Hacía ya demasiado tiempo que renunció a la más mínima aspiración de normal existencia, como para imaginar ahora algo parecido. Cinco largos años en los que tuvo que desprenderse de cualquier implicación emocional simplemente para sobrevivir. Olvidar el olor a tierra mojada y cuánto le gustaba salir a aspirarlo después de las tormentas. Arrinconar las tardes heladas de invierno en las que la lluvia picoteaba su cara al correr. Desterrar para siempre los días de playa enterrando en la arena los pies y abandonar para siempre el recuerdo del perfume en su cuerpo justo antes de salir por la puerta. Ir de compras o al cine y chuparse los restos de los gusanitos con sabor a queso de los dedos después, cenar con amigos, decir adiós por la calle, comprar un kilo de naranjas en el mercado, montar en bicicleta, besar, tocar...

No, ella no podía permitirse el más mínimo descuido que pudiera agrietar ese muro de olvido que la mantenía a salvo del dolor. Debía concentrar su existencia en moverse y respirar, sólo eso. Levantarse, desayunar los mismos cereales de cada día, leer, dibujar, comer ternera con zanahorias o pavo con arroz, algún capítulo de la serie del momento, contestar a los correos que, cada vez más espaciados, le llegaban de los escasos amigos que aún la recordaban, navegar por internet para observar aquella vida que transcurría detrás del cristal, ternera con zanahorias, pavo con arroz, moverse, respirar.... A veces dormir.

Y sin embargo, cuando aquella tarde llegó su madre y con ella el único contacto humano que admitían sus tejidos hipersensibles sin inflamarse, y, tras verla lavarse concienzudamente cada milímetro de su cuerpo con jabón sin perfume y cambiarse con la ropa que tenía siempre dispuesta en el vestuario anejo a la vivienda, no la recibió como siempre porque en su cerebro había una idea nueva, un germen extraño que la perturbaba y alegraba en la misma medida pero que no llegaba a identificar. Algo parecido, creyó recordar, a lo que era estar esperando algo.

Por eso ella no podía permitirse aquel sentimiento que la ocupó aquella tarde, ni la zozobra que la envuelve ahora que Antonio se ha ido y la hace recorrer de un lado a otro su universo de 70 metros cuadrados como un animal enjaulado. Porque Antonio volvió al día siguiente y todos los que siguieron después desde hace cinco meses.

Aquel lunes, después de conocerlo, Rita recorría el pasillo deambulando hacia algún destino cercano e intrascendente marcado en su plano existencial de baldosas y creyó ver de soslayo una figura en la entrada. Cuando se acercó, retiró la mascarilla en un gesto inútil para ver mejor y encontró a Antonio sentado en un taburete de pesca, leyendo el periódico con absoluta normalidad. Ella se fue a la cocina a por otro y se sentó a su lado, ambos separados por los tres milímetros del vidrio de la puerta con la misma normalidad.

- No puedo quedarme mucho tiempo- le dijo él sin dejar de mirar aparentemente las noticias.

- Ya me has regalado dos segundos del mío con esa frase- contestó ella sonriendo- Toma todo el que necesites.

Y tomó cada día un poco más, hasta que todo el universo de Rita se concentró en aquellas horas que Antonio acudía cada día hasta la frontera de su existencia.

-IV-

Antonio a veces maldice el día en el que conoció a Rita, aunque eso sólo ocurre cuando el amor que siente por ella no llega a ser tan inmenso como el dolor de saber que todo se quedará en eso.

Se arrepiente de haberse entregado al juego de conocerla sin barajar siquiera que no hay futuro posible con una mujer que no pertenece ni a ella misma.

Hace ya mucho tiempo que sabe que la quiere. Demasiado. Los minutos avanzan lentos cuando lo único en lo que piensa es en besar la boca que ríe para él detrás de aquel muro inquebrantable transformado en una mampara transparente.

¿Qué harán ahora con ese sentimiento? La idea de no poder tocarla, de que no llegará a tocarla nunca, no le martirizó hasta pasado un tiempo. Fue creciendo de forma tan silenciosa e inapreciable que tuvieron que pasar varias semanas hasta que, al despertar sobrecogido por la angustia en plena noche, comprendiera las dimensiones devastadoras de aquel aislamiento. Como si hasta ese momento, interiormente, hubiera considerado a toda la humanidad en el grupo de los excluidos menos a él.

Desde entonces, esa idea le atormenta. No puede mirar a Rita sin fijarse en cada poro de su piel. Aspira inconscientemente en busca de algún rastro de su olor que se haya fugado por el orificio de ventilación, por una grieta diminuta en el tabique.

A veces colocan sus manos emparejadas en el vidrio hasta que las palmas les sudan e imagina en los rastros húmedos de Rita figuras del test de Rorschach.

Otras veces, fantasean con lo que harían si ella pudiera salir de aquella casa, terminándose las frases uno al otro, disparatando sobre citas imposibles como una cena con velas en la cima del Himalaya o un baile lento en el Royal Albert Hall pero, casi siempre, la imaginación no puede resistir ante tanta realidad y terminan tristes y silenciosos mirando al suelo.

Aquella plateada tarde de otoño, Antonio cruzó el portalón forjado, recorriendo por centésima quincuagésima vez la vereda de losetas de piedra que conducía a la vivienda. Empujó la verja para que cerrara totalmente e invirtió unos segundos en ello. Cuando se volvió, encontró a Rita perfectamente enmarcada en el cristal de siempre. Llevaba un vestido de flores beige y unos zapatos de tacón alto, se había maquillado y soltado el pelo. Antonio se detuvo en seco. Jamás la había visto así y le pareció que estaba tan preciosa que por unos instantes le sonrió y no pudo apreciar que había algo extraño en todo aquello.

De pronto, Rita giró la llave de la puerta con determinación y salió de la casa hasta situarse en el exterior mientras Antonio, inmovilizado, veía cada uno de aquellos movimientos a cámara lenta.

Y aunque salió corriendo para tratar de pararla, cuando llegó a su lado sólo pudo ver sus brazos abiertos y la lágrima que se vertía en la comisura de su boca.

BILBAO

Yohana Anaya Ruiz

Me desperté a las cinco de la mañana. Aún era de noche y el frío del invierno se colaba por el filo de la ventana. Después de pensarme si valía la pena levantarme y cerrarla o hacerme un ovillo en la cama, opté por la primera opción. Aproveché y me puse unos calcetines antes de volver a tumbarme. La cama de matrimonio se me hacía cada vez más grande y yo sabía el motivo: la ausencia de Borja, mi marido. Hacía justo un mes desde que se había marchado a Bilbao para buscar un trabajo que pudiese permitirnos a nuestra hija Esperanza y a nosotros llevarnos un plato de comida todos los días. Y justo hoy volvía. Por fin.

Un vecino del bloque donde vivíamos le contó a Borja que en Bilbao estaban buscando hombres para trabajar en la fábrica de explosivos y no se lo pensó dos veces. Al día siguiente hizo una pequeña maleta y se marchó en el primer autobús que salía desde Málaga hasta Bilbao. Nos despedimos con un beso corto pero cargado de esperanza. Por fin habría una pequeña posibilidad de salir del hoyo donde llevábamos metidos desde hacía demasiado tiempo. Me llamó tres días después, justo antes de cenar, para contarme que se había instalado en el hostel más barato de la zona y que había hablado con algunos hombres que podían ayudarle a encontrar trabajo. “Todo es cuestión de tiempo” me dijo por teléfono al notar que me desilusioné al pensar que aún no había encontrado nada seguro. “O de suerte” pensé yo, pero no se lo dije. Necesitaba que se sintiese con más fuerza que nunca porque a mí ya apenas me quedaban. Esperanza tenía diez años pero aparentaba menos. Era bajita y estaba muy delgada. El pelo moreno le caía sin orden por la espalda y la ropa le estaba demasiado ancha y los zapatos demasiado apretados. “Ojalá encuentre trabajo, Bilbao es nuestra última esperanza” pensé aquella noche mientras le servía a Esperanza una sopa aguada para cenar.

Borja y yo nos conocimos cuando yo tan solo tenía dieciséis años. Él tenía cinco años más que yo y mis padres al principio no vieron con buenos ojos aquella relación pero al ver que iban pasando los meses y nosotros estábamos cada vez más enamorados empezaron a aceptarlo e incluso a

veces le invitaban a cenar a casa. No teníamos mucho, mi padre era pintor en Ronda, pero lo poco que teníamos nos gustaba compartirlo. Borja empezó a trabajar con mi padre y nunca fui tan feliz como los dos años en los que duró aquella situación. Aquella utopía de familia perfecta se diluyó cuando la policía llegó a mi casa. Estábamos mi madre en la cocina y yo en el salón leyendo un libro cuando pegaron en la puerta. Mi madre abrió y lo primero que escuché fue la voz de un hombre y un “lo siento”. En aquel momento, mi mundo se desvaneció para siempre. Mi padre había muerto. La policía se lo había encontrado en una calle, apuñalado en el pecho. La policía apenas tardó en confirmar que fue un robo con violencia ya que no llevaba su cartera y que sería muy difícil encontrar al culpable. Al día siguiente estaba vestida de negro y llorándole a un cuerpo sin vida. Mi madre murió al poco tiempo. La pena de la pérdida de su marido le dolió demasiado y su corazón apenas resistió dos meses después de que la policía fuese a mi casa. Los enterré en un mismo ataúd para que estuviesen juntos lo que les quedaba de eternidad.

Borja se quedó sin trabajo y sus padres estaban sin dinero. Tenía una hermana mayor que él pero yo ni siquiera la había conocido porque llevaba varios años en Madrid trabajando.

No teníamos adonde ir porque mis padres no habían terminado de pagar la casa y después de unos días durmiendo en casa de un amigo suyo, decidimos irnos a la costa para buscarnos una vida mejor. Nos mudamos a la capital y encontramos un estudio asequible económicamente. La suerte por fin nos sonrió y él encontró trabajo en menos de una semana. Me quedé embarazada al poco tiempo y tuvimos a una niña a la que le pusimos de nombre Esperanza. Por fin volvíamos a ser felices. Un bebé sano, trabajo y una casa donde vivir. En todo ese tiempo hubiese deseado que mis padres me viesen en ese momento, que se sintiesen orgullosos de lo que habíamos conseguido desde la nada. Pero, por desgracia, no le dieron tiempo.

A los nueve años, la empresa quebró y despidieron a todos los trabajadores, Borja incluido. Había conseguido ser el encargado de uno de los almacenes y su sueldo nos había servido para vivir bastante bien. Cuando llegó, con la cabeza gacha y me contó lo que había ocurrido, volví a sentirme como aquella joven que no tenía nada y que decidió salir de Ronda en busca

de un poco de luz. Pero esta vez no podía huir: no había ningún lugar adonde ir. Esta vez no. Nos apoyamos el uno al otro durante los meses siguientes, en los que estuvo buscando trabajo pero no encontró nada. Ni siquiera lo llamaron para hacer alguna entrevista. Nada. Volvimos a no tener nada y los ahorros se nos acabaron sin apenas darnos cuenta.

Así que cuando nuestro vecino nos contó sobre aquella posibilidad, no dudó. Si le contrataban, nos iríamos todos para Bilbao. Esperanza volvería a tener todo lo que necesitaba y quería y no volveríamos a pasar hambre. Confiaba en Borja y sabía que lo conseguiría pero se me estaba acabando la paciencia. No podía soportar más ver a nuestra hija así. Y eso por no mencionar que esquivaba mi reflejo en cualquier espejo por miedo a verme. Borja me repetía hasta la saciedad que estaba preciosa pero yo lo ponía en duda cada vez que me duchaba y me notaba las costillas y los brazos demasiado delgados. Se nos acabaron los ahorros a los pocos meses y tuvimos que dejar de pagar el alquiler para poder comer. El propietario nos hizo el favor de permitirnos quedarnos algunos meses más y pagarle lo que le debíamos cuando pudiésemos pero nos tendríamos que marchar si seguíamos así. Las comidas dejaron de ser abundantes, carne para almorzar y pescado para cenar, para comer diariamente arroz o sopa. Tuve que empezar a echarle agua a la leche para que ocupase más espacio en el vaso y que Esperanza se la bebiese por las mañanas antes de ir al colegio y en vez de llevarse galletas como era normal, se llevaba un trozo de barra de pan del día anterior con el poco embutido que podíamos permitirnos.

Me dolía más que a nadie aquella situación pero no podía hacer otra cosa que esperar. Y creo que no hay nada peor que sentarse y esperar a que los demás cambiasen la situación. Yo sabía que por ser mujer y sin estudios y sin experiencia laboral no me iban a contratar en ningún sitio. Ni siquiera buscaban por la zona limpiadora.

Cuando Borja se marchó sentí un gran alivio en el pecho. Por fin la rutina se había roto. Ahora había un filo de luz por debajo de la puerta, algo a lo que agarrarse. Y así he estado este mes, imaginándome a Borja entrando por la puerta y diciéndome que hiciese la maleta, que nos íbamos a empezar una nueva vida en el norte de España. ¡Que tenía trabajo!

No había podido hablar con él desde que me llamó, tres días después de llegar, así que no sabía absolutamente nada. Yo había querido llamarle pero no sabía a qué número y él no había dado señales. Cada día me levantaba y me acercaba al teléfono y lo descolgaba. Comprobaba que funcionaba y volvía a ponerlo en su lugar. Las horas pasaban y no sonaba. Me acostaba pensando que al día siguiente sí me llamaría pero el silencio seguía invadiendo mi vida.

Pero ya nada de eso importaba porque hoy, ¡justo hoy!, llega a casa. Hablamos, antes de que se marchase, que pasase lo que pasase un mes después volvería a casa bien para irnos juntos o bien para buscar otra solución al problema que teníamos. Así que sí, hoy Borja y yo nos veremos de nuevo.

El sol empezó a colarse por las persianas y decidí levantarme. Aún era temprano, Borja llegaría por la tarde o por la noche, depende de la hora a la que haya cogido el autobús de vuelta, pero yo no podía seguir ni un segundo más en la cama. La próxima vez que me tumbase en ella sería con él a mi lado, abrazándonos como dos adolescentes. Como aquellos dos jóvenes que una vez fuimos. Nos besaríamos y ahuyentaríamos todos los problemas. Aquel día solo importábamos nosotros, nuestro amor y las ganas de vernos.

Encendí la luz e intenté hacer el menor ruido mientras me cambiaba. Esperanza seguramente seguiría dormida. Esperaría a que diesen las ocho de la mañana para despertarla para ir al colegio. Mientras, abrí mi armario y saqué todo lo que tenía y lo coloqué encima de la cama. Tras mucho dudar, opté por unos vaqueros, que eran los favoritos de Borja, y una camiseta blanca de mangas largas. Me tapé el cuello con una bufanda rosa y me puse unos botines negros sin tacón. Me recogí el pelo en una coleta y abrí mi neceser. A Borja no le gustaban las mujeres maquilladas y a mí no me gustaba maquillarme pero aquel día me quería sentir guapa, que podía comerme el mundo, y me eché una base de maquillaje, me pinté la raya del ojo y me eché gloss en los labios. Hoy iba a ser un día bonito, lo presentía.

Cuando me miré por última vez en el espejo me vi feliz y guapa. Echaba tanto de menos a Borja que apenas podía creerme que por fin le iba a ver. Con los años aquel chico moreno, delgado y de ojos tímidos se había convertido

en un hombre corpulento. No sé cómo lo conseguía pero cada día que pasaba lo veía más atractivo.

Después de un mes creo que no podré evitar comérmelo a besos, de abrazarle con todas mis ganas, de acariciarle el pelo, de descansar en su pecho antes de dormir... Quería volver a hacer tantas cosas con él que el tiempo que nos quedaba de vida se me hacía corto. Necesito besarle ya. Sentir que está a mi lado, que me coge de la mano y espanta todos mis miedos con una sonrisa. El mundo nunca pudo vencerle y creo que eso era lo que más me gustaba de él. Borja podía con todo y esta vez entraría por la puerta y me lo volvería a demostrar.

Salgo de la habitación para despertar a Esperanza pero veo que la luz de la cocina ya está encendida. ¿Se había levantado ya ella sola? O...

- ¿Borja?- digo casi en un susurro. ¿Habría llegado ya?

Casi me pongo a correr por el pasillo y siento los latidos de mi corazón haciéndome daño en el pecho pero cuando llego a la cocina no está. En su lugar hay una mujer de unos treinta años. Está sentada en la mesa desayunando tan tranquila una tostada con mermelada.

- ¡Buenos días!- me saluda.

-Perdona... ¿quién eres?-le pregunto mientras doy un paso hacia atrás.-
¿Dónde está mi hija? ¡Esperanza!

Salgo de la cocina y me dirijo corriendo a la habitación de mi hija. Cuando enciendo la luz casi siento que las paredes me aplastan de la angustia que siento al ver que ella no está allí. Noto que la mujer está a mis espaldas. Me doy la vuelta despacio, con miedo.

- ¿Dónde está mi hija?

- La tienes delante de ti, mamá. Soy Esperanza.

Otra vez. Mi madre ha vuelto a tener otro episodio de amnesia. Cada vez le pasa más a menudo y ya no sé qué más puedo hacer por ella. Los días ocho de cada mes se despierta temprano, se arregla y se va a mi habitación para despertarme y llevarme al colegio. Esto sería normal si yo no tuviese treinta años y el hombre al que espera, mi padre, estuviese muerto desde hace veinte.

Mi padre murió cuando yo tenía diez años. Apenas tengo recuerdos de él pero sé que me quería mucho y que luchó mucho por sacarnos adelante a mi madre y a mí. Por eso se fue a Bilbao, pero no volvió. Su hermana es decir, mi tía, me contó años después que mi padre sí cogió el autobús para venir a casa. Había conseguido un puesto de trabajo y nos iba a llevar a todos a Bilbao pero un camión chocó contra el autobús. Tan solo sobrevivieron cinco personas y mi padre no estaba entre ellas.

Mi tía nos acogió a mi madre y a mí y cuando cumplí la mayoría de edad encontré un trabajo de camarera. Gracias a ese sueldo pude buscarme un piso donde vivir con mi madre y cuidar de ella. Pensé que no sería tan difícil pero había días en los que deseo que el mundo me trague porque no puedo más. Mi madre se aferra a la idea de que mi padre va a volver y que yo soy una desconocida que debería de salir de “su” casa inmediatamente. Es entonces cuando tengo que medicarla y llevarla a la cama para que descanse. Así me lo indicó su psiquiatra el primer día que fuimos. Llevaba tiempo bastante estable, por fin pensé que había asumido la muerte de mi padre y me reconocía como su hija. Hace tres meses sufrió un episodio de nuevo y desde entonces los días ocho repite la misma rutina: se levanta temprano, se arregla y sale de su habitación como si de verdad él fuese a llegar a casa.

Cuando me preguntó por última vez quién era y le contesté que su hija noté que, muy en el fondo, lo sabía pero su locura era más fuerte que la verdad. Era más fácil vivir en el pasado, agarrándose a unos recuerdos que jamás volverían. La abracé y dejé que llorase. Le conté que él había muerto en un accidente volviendo a casa, que de eso hacía veinte años y que la hermana de él nos había ayudado durante mucho tiempo. La dejé unos minutos para que lo asimilase, como había hecho las otras veces, y fui a la cocina a recoger el desayuno que aún estaba encima de la mesa. El café se había enfriado y

no me apetecía comer más tostada así que lo tiré todo y dejé el vaso en el fregadero. Suspiré y me remangué las mangas de la camiseta. Cuando me agobiaba sentía muchísima calor y me faltaba el aire. Respiré hondo y me convencí de que yo era capaz de superar aquel problema. Me eché agua en las muñecas y volví a mi habitación donde me la encontré mirando una fotografía que tenía sobre la mesita de noche.

- Somos nosotros...-me contestó sin despegar la vista de aquella imagen.

Asentí y me acerqué a ella. En la fotografía mi padre agarraba a mi madre por la cintura y ella me cogía en brazos. Supongo que yo no tendría más de un año. Se les veía sonriente. Felices.

- ¿Quieres ir a verle?-le pregunté quitándole la fotografía y poniéndola en su sitio.

- Por favor.

Me vestí rápido y cogí las llaves del coche. El trayecto duró una media hora y cuando llegamos aparqué justo en la puerta del cementerio. Ambas entramos despacio, midiendo cada paso que dábamos. Apenas había gente aún y lo agradecí enormemente. Quería que mi madre tuviese intimidad para despedirse. Aunque lo hubiese hecho el mes pasado y el anterior pero para ella era la primera vez y yo sabía lo importante que era que lo hiciese.

La dejé en frente del nicho de mi padre y me alejé unos pasos. Vi cómo se arrodillaba y tocaba con la punta de los dedos el nombre inscrito sobre el mármol.

- Dime que me quieres. ¡Dímelo por última vez! Te necesito tanto, Borja...

Pero nadie le contestó. El silencio de los muertos se posó sobre sus hombros y comenzó a llorar como jamás lo había hecho.

SEGURO QUE PUEDE USTED IMAGINARSE CUÁNTO

Raúl Martínez Florido

Acaso el tiempo no hubiese transcurrido, don José se sentía como aquel chiquillo vivaz que una vez fue, y que corría tras un aro metálico, guiándolo con una varilla de acebuche. Sonriente, calmado, feliz, como había sido durante años que discurrieron demasiado raudos, entraba en la habitación del hospital. La enfermera, que tenía el pelo castaño, corto y rizado, empujaba la silla de ruedas en la que, con su pijama azul y blanco, su reluciente calva blanca ponía una gota más de luz en el cuarto que le habían asignado. Su hijo y la enfermera de pelo rizado le ayudaron a levantarse de la silla para llegar a la cama. Una mueca muda de dolor, ahogada en sus párpados cerrados fuertemente, dejaba claro que, aunque la operación de rodilla había salido bien, José debía guardar cama durante un buen tiempo.

Las sábanas estaban frías, pero la cama era cómoda, que al fin y al cabo es lo que importa. José estuvo acomodándose un buen rato, tratando de hallar la postura más confortable con la que pasar la noche. Su hijo se encontraba en la butaca, entrelazaba las manos, le indicaba a José qué hacer y qué no hacer, se levantaba, lo tapaba hasta la cintura con la colcha, hablaba con la señora con la que José compartía habitación, salía al pasillo a buscar de nuevo a la enfermera, regresando nervioso para finalmente sentarse otra vez. Así discurrió parte de la tarde, hasta que José pidió a su hijo que saliese a tomar el aire, al bar a pedirse un tentempié y una cerveza fría. Que él estaría bien, que no era preciso que estuviera allí en todo momento. Al fin y al cabo, tan sólo era un hueso roto en la pierna.

Al salir el hijo, don José tuvo esa sensación de cuando se mata un mosquito. Una calma súbita, repentina, placentera, que lo empapa todo y ayuda a pensar en nada, a respirar, a estar todo lo a gusto que puede estar un octogenario en una habitación de un hospital. Así estuvo José durante un buen rato, hasta que un suspiro entró en el silencio con la finura que penetra un cuchillo en un bizcocho de mermelada de frambuesas. José reparó en que no se hallaba solo; en la cama de al lado, una señora, también mayor aunque no tanto como él, estaba tratando de llegar con dificultad a un vaso de agua. José se incorporó y se lo acercó sonriente; siempre tuvo una forma

física envidiable, y más de ochenta años y una pierna rota no iban a evitar que siguiese presumiendo de ella. Comenzaron a conversar. Primero del personal del hospital, luego de sus dolencias, más tarde de sus vidas...

- “Yo era el más fuerte de entre todos los jóvenes de los campos donde me crie. Es verdad que no éramos muchos; quizá quince o veinte, pero yo era el más fuerte de esos quince o veinte muchachos”.

Doña María, que así se llamaba la compañera de habitación de don José, se reía, divertida con el descaro y frescura que aún conservaba éste.

- “Cuando apenas era un zagalillo, ya estaba trabajando en el campo, segando trigo, llevándolo a la era, guardando cabras, y haciendo lo que encartara. Me comía una sopa perota, de ésas buenas con mucho pan y aceite, que preparaba en el cortijo una tía mía para todos mis hermanos y para mis cinco primos, y reponía fuerzas. Eran otros tiempos. Nunca fui a la escuela, y cuando apenas tenía 17 años, estalló la guerra. Mi madre y mis hermanos pequeños se fueron por la carretera, hacia Málaga, huyendo, pero a medio camino, antes de llegar a Pizarra, se dieron media vuelta, porque a lo lejos vieron que en la ciudad había bombardeos durante la noche. Así que regresaron y siguieron haciendo la vida normal en el campo. Dos hermanos míos y yo, los mayores, nunca nos movimos de allí, y me alegró ver que regresaban. Pero entonces el que tuvo que marcharse fui yo, aunque no quería. Fíjese, que cuando vinieron a llamarme a filas, salí corriendo por entre los trigales que aún no se habían segado, tratando de esconderme para que no me viesen... y casi lo logro”.

- “¿Cómo que casi?” – preguntaba entre risas doña María. – “¿Pues no dice usted que era tan fuerte y ágil? ¿Cómo lograron aprehenderle?”.

La diferencia de acentos entre los dos convalecientes era palmaria, y a doña María le resultaba muy gracioso escuchar las palabras y giros lingüísticos y alocuciones que empleaba don José. Las había escuchado antes, claro, y de hecho las comprendía casi como si fuesen propias, pero ella nunca las empleaba. El acento malagueño, particularmente de Álora, de don José, contrastaba con la sequedad y corrección castellanas de doña María.

- “Claro, mujer, uno corre, y se esconde, y se defiende lo que puede. Pero una batida de hombres por el campo, termina por hallar lo que se proponga”.

Ambos reían de buena gana mientras se miraban a los ojos olvidando que estaban en el hospital y que eran dos desconocidos.

- “Entonces me llevaron por muchos sitios. Me llevaron a Toledo, y allí perdimos la batalla y entraron los nacionales, y como yo no tenía delitos de sangre, me reclutaron en el otro bando. Esta vez no salí huyendo por ningún tragal, ya tenía asimilado que la guerra era lo que tocaba en ese momento. Después fui con mi destacamento a Belchite, a Zaragoza, y a Barcelona. Y al poco terminó la guerra. Entonces, a varios compañeros y a mí nos ofrecieron un puesto en la Guardia Civil, primero en Burgos. Más tarde en Salamanca. De un lado para otro, pero no me quejo. Fíjese usted lo viejo que he llegado a ser. ¿Sabe qué edad tengo? Debo de tener casi cien, y aparento todos y cada uno de los cien años” – bromeaba divertido.

Don José tomó un sorbo de agua. Se le derramó un poco, y cuando devolvió su vaso a la mesita auxiliar y lo puso junto al de doña María, le escurrían algunas gotas por el bigote canoso.

- “¿Se da cuenta, verdad? Seguro que a usted no se le derrama el vaso de agua hacia arriba” – bromeaba – “Y cuénteme. ¿Cómo ha sido su vida, de dónde es, está casada, o lo ha estado, tiene hijos...?”

A doña María le resultó gracioso ver cómo aquel hombre huesudo, calvo, canoso en las cejas, en el bigote y en los pelos que le quedaban en nuca y escasamente sobre las orejas, se interesaba por su estado civil.

- “Sí, me casé, y tengo... dos hijos. Y sí, tengo marido. Y por lo menos, por lo menos, tan fuerte como usted. Él también tiene bigote, pero negro, pero es más corto y no se empapa cuando bebe” – zanjó riéndose.

Doña María era de menos palabras que don José. Le gustaba más escuchar lo que éste tuviese que contarle que ponerse a recordar ella. No porque le doliese el recordar, sino porque la sensación de estar acostada

mientras le contaban historias le transportaba a una infancia ya lejana y fría, cuando en las noches de invierno de Castilla su hermana mayor, Presentación, aún más locuaz que aquel señor con el que le tocaba compartir aquella tarde de convalecencia, le contaba decenas de historias de toda clase.

- “Bueno, es que tengo el bigote largo porque no me lo he podido recortar desde hace algunos días, pero yo habitualmente...” – el médico irrumpió en la habitación con paso decidido, acompañado de una enfermera que no tenía el pelo rizado y que era algo más joven que la que ayudó a don José a acomodarse. No esperó a que, tan presumido y caballeroso, terminase de exponer sus excusas, en cierto grado avergonzado por no tener el bigote bien recortado, y la enfermera le puso un termómetro digital mientras el médico le hacía algunas preguntas que ella no acertaba a responder.

- “¿Y su hija? Ayer por la tarde hablé con ella, y le dije que era fundamental que se tomase usted esta pastilla tres veces al día. Y ahora usted no sabe si se la ha tomado o no. ¿Dónde está su hija? Dígale que se pase a verme en cuanto llegue, tiene que llevar el control de la toma”.

Tal como acabó esas palabras, y con la sequedad de quien tiene más hartura en el oficio que vocación, salió con el paso tan firme como cuando entró. La enfermera le hizo a doña María una mueca de humanidad, se encogió de hombros, y salió rauda tras el doctor, pues no iba a esperarla.

Los ojos de doña María estaban bañándose como una esponja en una bañera tibia sin jabón. No sabía muy bien porqué, tan solo que aquel hombre le había hecho sentir mal. Don José le tendió la mano, y en ella, un pañuelo blanco, limpiísimo. –“Séquese, mujer, y no llore. No es para tanto. Es un tío muy esaborío, pero no le dé usted más vueltas. Quédese con que en el mundo no todo el mundo es así”.

“En el mundo no todo el mundo es así”. Qué poco había tardado don José, como si fuese un zahorí, en encontrar y hacerle brotar una tenue sonrisa. Sabía frase, a pesar de la redundancia con la que estaba dicha.

Mientras el doctor había estado dirigiéndose con aspereza a doña María, don José le pidió a la enfermera que encendiese, por favor, el televisor, para pasar un rato de aquella tarde que los había venido a unir, viendo lo que echasen en el canal que fuera.

- “¡Valiente plan el de los hospitales! ¿Pues no he tenido que darle, a la enfermera, dos euros para que funcionase el televisor? Y no es que yo sea encogido, sino que lo veo una inquisición” – espetó don José, refunfuñando cargado de razones. Doña María asintió, sonriente y comprensiva. La palabra “encogido” en su Castilla natal no se empleaba como sinónimo de tacaño, sino para referirse a alguien de escasos ánimos, mas ella había comprendido el sentido en el que don José lo empleaba.

Y así pasaron un buen rato, callados. Mirando al televisor más que viendo la televisión. De manera recurrente, don José rompía el silencio interesándose por cómo estaría su acompañante. – “¿Precisa usted de algo? ¿Quiere que llame a alguien? ¿Quiere un vaso de agua?”. Don José era inquieto por naturaleza. Lo había sido siempre, y no iba a dejar de serlo ya en sus últimos años. Genio y figura...

Se referían el uno al otro como “usted”, porque ambos eran mayores, no se conocían de nada, y los dos eran gente de orden. Antes la gente no se tuteaba con la frescura que se hace hogaño. Además, don José había le contado a doña María su vida, también que se casó en Burgos con una morena guapísima que conoció cuando fue allí destinado como Guardia Civil, y que tiene dos hijos. Pero ni siquiera se habían preguntado los nombres.

- “A mi señora la conocí yo en una tahona. Yo tenía veintitantos años, y estaba destinado en Carcedo de Burgos. Ella, cuando mocita, trabajaba en la tahona del pueblo, y como yo iba allí a diario y era tan guapa... le dije algunas galanterías, ¿sabe usted? Pero siempre he sido un hombre formal, hablé con su padre, un señor muy alto y fuerte para lo mayor que era, Sebastián se llamaba.”

Doña María se estremeció por un instante, apenas unos breves momentos. En su cabeza saltó algo como la chispa de un encendedor, pero

no llegó a prender porque la bombona de butano estaba vacía. – “Qué buena memoria tiene usted, lo cuenta todo como si lo estuviese viendo ahora mismo, y de eso hará ya algunos añitos...”, le dijo, con ganas de que don José siguiese contándole más cosas.

- “Sí, tengo una memoria excelente” – aseveró, presumido, don José – “no todo el mundo llega a mi edad acordándose tan bien de cosas que, como usted dice, ocurrieron hace muchísimo. Tengo el sabor del gazpachuelo que mi mujer aprendió a hacerme en mi cabeza como si estuviese saboreándolo ahora mismo. Porque a mí me encanta el gazpachuelo, ¿sabe usted? Así que mi madre, que Dios la tenga su Gloria, le enseñó a mi mujer a hacer la mahonesa para el gazpachuelo. Porque en Castilla no conocen el gazpachuelo” –.

Don José siguió, tras un breve receso, cambiando el tono de su conversación de manera sensible – “Y tengo el semblante de mi mujer grabado en mi corazón, si la viese entre un millón de personas, la reconocería al instante, incluso si tuviese aún la misma cara, tan bonita, de cuando éramos novios, o cuando tuvimos a nuestro primer hijo, Manuel, con su pelo negro, recogido, y aquella rebeca naranja que se ponía tan a menudo”.

- “Se nota que la quería usted mucho. ¿Ella ya no vive?”.

- “Sí, muchísimo. La quería y la quiero. No sabe usted cuánto. Sí, está viva, lo que pasa que ya sabe usted, entre los achaques de uno, y los achaques del otro, no nos vemos tan a menudo como antes. Además, los últimos años son para nosotros un trajín, porque a veces estamos con mi hijo, a veces con mi hija, otras veces hay alguna señora con nosotros... En fin, que no nos hallamos como antes. Hace bastante que no estamos a solas, y eso se echa en falta...” –. Se hizo un ajetreado silencio durante algunos minutos, en los que don José mantuvo la mirada en la pared de enfrente, apuntando con sus ojos negros y vivos justo bajo el televisor, que seguía aún funcionando y gastando ya inútilmente aquellos dos euros. Don José había quedado mudo por un momento, pero su mente no dejaba de discurrir de un lado para otro, como cuando se pisa sobre esa montañita de arena fina y espumosa que a veces hay en la tierra, y salen de pronto miles de hormigas, muy rápidas, a ninguna parte, dando vueltas, buscando lo que no terminan de encontrar.

- “¿Y a usted? ¿La ha querido mucho su marido? ¿La sigue queriendo aún hoy?”. Don José giró la cabeza hacia doña María, y la miró fijamente. Era una pregunta más impertinente que absurda, pero que le preocupaba sobremanera. Esa mujer era buena. Se palpaba. A esa mujer tenía que haberla querido mucho su marido, o incluso seguir queriéndola, si es que aún vivía.

Doña María miró también a don José. Se tomó unos segundos mascullando en su cabeza la respuesta, unos instantes que a él se le hicieron aún más interminables como cuando fue aquel día de otoño, bajo una intensa lluvia, a la tahona a pedirle matrimonio a la que después sería su mujer.

- “Sí. Muchísimo. Seguro que puede usted imaginarse cuánto” – terminó respondiendo, calmada, rotunda y feliz, con un escalofrío que le atravesaba toda la espalda y le erizaba las canas apagadas de su nuca.

En el pasillo del hospital se oían pasos y muchas voces de gente que iba rápido de aquí para allá. – “Yo soy Antonia, la hija. Soy la hija de María, la paciente de la 214. Es que acabo de encontrarme a la enfermera por el pasillo y me ha dicho que el doctor deseaba verme, dígame dónde puedo encontrarlo, por favor” – dijo una de esas voces, trémula, alejándose en busca de una respuesta.

Al cabo de un rato, Antonia, la voz trémula del pasillo, entró discreta en la habitación, preguntando – “Mamá, soy yo, Antonia, tu hija, ¿cómo estás?”. Se detuvo callada, no quiso ni dar un paso más, para que aquel instante durase lo más posible, para que José y María no soltasen las manos que habían, de manera instintiva y natural, entrelazado. Estuvo varios minutos de pie, frente a los dos convalecientes, limitándose a observarlos y sonreír. Sí, sonreía; era algo que hacía desde pequeña. Siempre sonreía cuando veía a sus padres estrechando sus manos en el sofá de casa. Y una vez más, y a pesar del Alzheimer, estaban haciéndolo.

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Málaga
Red de Bibliotecas Públicas Municipales
Maquetación: Homemade Marketing S.L.
Imprime: Gráficas Urania
D.L. MA 430-2018



MÁLAGA
CULTURA
INNOVADORA



www.bibliotecas.malaga.eu

